



EL ALMENDARES,

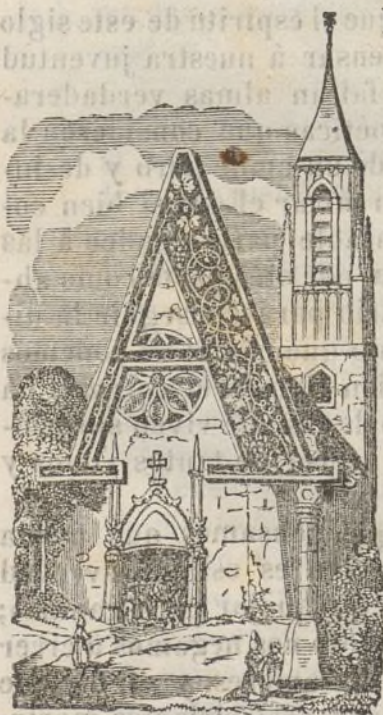
PERIÓDICO LITERARIO, RELIGIOSO, PINTORESCO, MORAL, INSTRUCTIVO, DE MODAS Y ANEDÓTICO.

TOMO III.

HABANA: SETIEMBRE 1º DE 1853.

ENTREGA XIV.

SOBRE EL AMOR.



no les rinda interiormente el tributo de admiracion á que se hicieron acreedoras por haber elevado al mas alto grado de perfeccion la mas noble de todas las pasiones.

BELARDO y Heloisa, Petrarca y Laura, Dante y Beatriz, Leonor y el Tasso, son magnificas figuras que ocupan el primer lugar en el inmenso catálogo de los amantes célebres.

Sus nombres son pronunciados todavia con respeto y no hay corazon alguno, por indiferente que sea, que no conserve un rasgo de la historia de aquellas privilegiadas criaturas, y que

Cierto que en nuestros dias, en que las puras afecciones del alma se sacrifican al vil interés, seria altamente ridiculo, segun oimos decir constantemente á los que se denominan *hombres de mundo*, concebir una pasion como la que aquellos amantes experimentaron, y á parte del ridiculo que sobre ellos caeria, viviria cada uno de los enamorados corriendo el riesgo de no ser creido por el otro. Hay mas, suponiendo que aun se encontrase un ser que, uniendo á la sensibilidad del corazon la riqueza de la fantasia, fuese capaz de amar como en aquellos tiempos se amaba, ¿seria tan facil á este encontrar una compañera en quien concurriesen las mismas circunstancias que hicieron tan dignas de la pasion que á sus amantes inspiraron, así á Eloisa como á Laura, así á Beatriz como á Leonor? No creemos ciertamente que fuesen mas sensibles las damas de aquellos tiempos que lo son las del nuestro, ni tampoco que los hombres sean menos susceptibles, ni que el amor haya perdido su poderoso influjo sobre los corazones; porque estamos persuadidos que este es el rey de la Creacion

que durará tanto como el universo, pero si somos ciertos que, por *el amor*, nadie volverá á alcanzar la celebridad que aquellos amantes alcanzaron.

Los instintos caballerosos de otras épocas, aquella especie de culto que el galán tributaba á la dama, y los diferentes medios con que un caballero contaba para captarse la estimación de la hermosa que era de todos apetecida y por todos envidiada, hacían que *el amor* mereciese la estimación de que se le priva entre nosotros, pues si bien es cierto que un enamorado no pierde por esta circunstancia su derecho á la estimación pública, también lo es que no por el hecho de amar será mas apreciable, cualquiera que sea el objeto de sus amores.

Ahora bien: del modo que nuestra sociedad actual juzga y considera los amores, nuestras costumbres ganan ó pierden en moralidad? He aquí una pregunta cuya respuesta está, como suele decirse, tras de ella misma, y así no hay que pensar mucho para asegurar que tanto mas en ridículo se pondrá *el amor* tanto mas tendremos que lamentar las consecuencias de esta torpe si no maliciosa conducta.

El amor es quien conduce de la mano á los jóvenes hasta dejarlos á la puerta del templo de Himeneo, y aunque también hay otros conductores, siendo uno de los mas activos y eficaces *el interés*, nadie sería capaz de dudar que las parejas que el último guía, son siempre desproporcionadas, y que por lo general dista mucho la felicidad, que es hermana inseparable del amor, de sonreír á los que para nada han contado con el voto de este, pues ambos se quieren entrañablemente y jamás obran sino de comun acuerdo.

En el día puede decirse que hay una *conversación universal* compuesta de palabras, sentencias y refranes que no tienen otro objeto que ridiculizar el amor, y de aquí la razón porque todos se apresuran á negar que aman, cuando en mi concepto, el corazón no tiene mas digno empleo, y cuando esta es la mayor recomendación del ser sensible.

Debe, por respeto á las damas, negarse, si se quiere, el nombre de la que ocupa nuestro pensamiento; aunque en nada perjudicaría su decoro la confesión explícita que cualquiera hiciese de vivir apasionado de tal ó cual señorita, pues esto probaría por lo menos que tenía bastante mérito para inspirar una ó muchas pasiones, y así lo entienden algunas, cuando ellas mismas confiesan que fulano ó zutano las galantea, en lo que ni para el uno ni para el otro hay perjuicio.

Es muy recomendable la reserva tocante á los favores que el galán recibe de la dama; porque esto prueba su caballerosidad, y á la dama favorecerá muy poco siempre, y aun la hará perder la estimación de su propio aman-

te, mostrar las cartas ó prendas que aquel la dirigiese, si esta acción no tiene otro objeto que hacer ver el mayor ó menor número de apasionados con que cuenta, y cuyo catálogo va aumentando cada día. Pero confesarse uno enamorado, confesar que aun el corazón no ha perdido el fuego con que le dotara la naturaleza, y por último mostrar que aun somos demasiado sensibles todavía para dejar de impresionarnos á la vista de una mujer hermosa y joven, esto lejos de ser ridículo, como vanamente pretenden muchos, recomienda á los ojos de los que saben el valor de las nobles pasiones, y mas en una época en que el interés, como antes hemos dicho, va sofocando cuanto no se explica con *el oro*. El oro es el idioma mas elocuente y que convence mas. Afortunadamente el siglo tiene sus voces: fulano está *metalizado*, eso quiere decir que ese fulano *no es poeta*, que no quiere nada de lo que sea *ilusión* sino *real y positivo*, y como el amor levanta precisamente su trono sobre las ilusiones, ¿cómo es posible que *fulano* se enamore? Fulanita tiene el corazón *metalizado*: esto se traduce de este modo: —Fulanita no es capaz de sentir el amor que sintieron las damas que he nombrado al principiar este artículo; para ella el amor no es sino una quimera, una cosa vulgar y ridícula; el oro, el oro es todo: por lo menos así se lo han hecho comprender, pues aunque su corazón se resiste á creerlo de este modo, porque la juventud no entiende este lenguaje, sin embargo, tanto se lo han repetido á todas horas, que no es de extrañar que, leyendo la historia de los amantes célebres, haya preguntado qué dote tenía el Petrarca, cual el Dante, y cual había sido el de Laura.

Sin embargo, aunque el espíritu de este siglo de este modo haga pensar á nuestra juventud de ambos sexos, no faltan almas verdaderamente generosas y poéticas que consideren la felicidad en el goce de un amor puro y desinteresado, y que sepan mirar el oro si bien como una cosa indispensable para atender á las necesidades de la vida, por otra parte como absolutamente innecesario para conseguir la dicha del corazón, puesto que con él no podemos comprarnos una ilusión cuando el corazón ha perdido ya el encanto de las que viven sin pensar en ese vil metal, causa de tantos vicios y aun de crímenes.

No somos de los que pensamos que pueda vivirse sin dinero, y tan es esta una verdad que hemos aprendido á trabajar para ganarlo; pero lo que de todo punto nos negamos á creer es que pueda vivirse sin amores, y el día que tal llegásemos á pensar, preferiríamos morirnos: porque amar es el único empleo del corazón, y no teniendo amores, ¿para que nos serviría?

I. de Estrada y Zenea.

LA HIPOCRESIA.

[A MI AMIGO J. J. DE R.]



A hipocresía es un antifaz con que á cada paso encontramos disfrazados á la mayor parte de los miembros que componen la culta sociedad.

La hipocresía es el vicio mas abominable de los vicios.

Es admitido en cierta clase de personas colorear su semblante y revestir sus pensamientos con los tintes de una verdad sin límites: es preciso ser demasiado astuto, y sobre todo estar prevenido de antemano, para no caer en las falsas y lisonjeras redes que estos nos tienden. Cada uno de esos monstruos detestables se encierra en un estrecho círculo, y á fuerza de largas vigiliass y de un estudio particular que hacen, hallan la piedra magnética que buscan, es decir, el modo de dar á sus procedimientos la forma y el colorido de una verdad sin mancha, con que deban quedar cubiertos sus innobles sentimientos, sin que puedan sorprenderlos en el momento de espre-sarlos.

Véase al infame seductor cuando pugna por corromper el corazón de la inocente virgen, y si logra su anhelo, hacer alarde del hecho, y luego se justifica con los demas, sacando á plaza su virtud y su moral, (cualidades que no tiene,) y tachando ante los hombres sensatos al que comete crímenes de esa clase.

Véase al amigo ante el amigo, haciendo mil protestas de fidelidad, y vuelta la espalda de uno ú otro, la crítica y la burla suceden á lo primero.

Véase la muger amada reirse del que un momento antes estuvo postrado á sus pies, besó su mano, ó cuando menos el ruedo de su vestido, para acabar de convencerla que su corazón es todo suyo: ella le hace infinitos juramentos de amor en ese instante, mas no bien se ha separado de su lado cuando esclama:

—Necio! miserable! cree en mis promesas, piensa que mi fé es inviolable, y amo á otro con todo el cariño, con todo el entusiasmo de un alma enamorada!

Cuántas veces sorprendemos una jóven con el rostro de un ángel, y que nos parece ornada con la guirnalda de la inocencia, contemplándose á sí propia, orgullosa de su hermosura, que cree sin igual, estudiando ante su espejo diferentes posiciones, miradas que ha de lanzar, y fases distintas que habrá de dar á su semblante para cautivar el corazón del que ciego la adora, (razon por la que no puede comprender que es falso cuanto esta le brinda,) y atraer en torno de ella una cohorte de aduladores que la admiren y rindan sus homenajes. Esta es una ciencia favorita, ella se complace en estudiarla, y tiene un placer estremado en contar á sus compañeras el número de sus amorosas conquistas. Al encontrarnos con una de estas criaturas, á quienes damos el epíteto de pérfida coqueta, la despreciamos, verdadero anatema que lanza el mundo sobre estos miserables y raquíticos insectos que tanto dañan en la tierra.

Preciso es que nos detengamos un instante para pintaros la introduccion de dos jóvenes, que quieren ser amigos, y se saludan por primera vez.

Se dice, y vulgarizada es ya esta palabra *amigo*, pero no se comprende por la mayoría de los que la usan ni saben valorizarla. Observemos dos jóvenes que se encuentran en la calle.

—Adios, caballero R.... soy vuestro &c.

Y quedaremos horrorizados al ver las palabras que ponen en juego para engañarse mutuamente. El uno se recomienda por la nobleza de la familia á que pertenece, (aunque hoy está en la medianía,) esto por si su trage lo desmiente, espone su destino honroso para negar el arte ó egercicio á que pertenece, porque el juzgaría muy poco favorable que aquel señor supiese que el ascendiente de tan noble alcurnia era carpintero, herrero &c., cuando esta circunstancia sería la mas recomendable y la que mas le honraria. Al hombre, siendo virtuoso, donde quiera que vaya se le tributan las mejores consideraciones; pensar de otro modo es un orgullo mal entendido, hijo de la ignorancia y de la poca cultura del individuo.

El adlátere, al ver como se le quiere engañar, encomia tambien sus antepasados, y dice "que es empleado en el foro, de la Hacienda pública ó del ministerio de marina, ú otra cosa igual," y como en semejante caso no se exigen comprobantes, el dicho de ambos basta,

y quedan amigos: ¡cuán buenos, considerados y verdaderos llegarán á ser con tan sólido y excelente principio!

Queridas lectoras y lectores míos, los que me comprendéis, los que sabéis apreciar el mundo en cuanto vale, rogad al Omnipotente para que no encontréis en vuestro camino con uno de esos que la echan de literatos, y que, gracias al interés que se tomaron los autores de su existencia por su educación, aprendió á escribir en caracteres chinos, y á leer de un modo tal, que cuando lo hace no se sabe en que idioma habla. El os recitará en diez minutos un volumen de versos que sabe de memoria, para haceros creer que ha estudiado y que es poeta, os preguntará si conocéis tal ó cual autor, si decís que nó, fué suya la victoria, porque os asegura con la mas inmodesta modestia que son suyas las composiciones que ha dicho, y que no las publica porque el público corresponde muy mal, (cuanto favor le hace á los lectores,) ó bien porque se haya resentido con tal ó cual redactor, (motivos fabulosos que crea en su exaltada imaginación,) bien porque los dichos redactores son abandonados, ó son unos infames, que sepultan sus pobres concepciones en la tumba del olvido, (cajon de depósito, mueble de utilidad en toda redacción,) de donde no salen jamas.

Pobres periodistas! en estos momentos son víctima de la impostura y de la infamia de semejante escoria.

Pero me he salido de mi campo, y justo es que vuelva á entrar en él, arado en mano, para concluir mi agrícola-crítica faena.

Daré principio con una anecdotilla bastante breve, pero que no puede ser mas á propósito para el caso.

Un amigo mio, llamado Alfredo de... que lo era tambien del padre de su amada Cecilia, antes de entregar su corazón á esta era el ángel tutelar de su pobre casa; cuántas consideraciones! cuántos obsequios! con que cariño y deferencia se le miraba por todos los de la familia! Pero ¡oh desgracia! oh suerte terrible! en aquella casa, que él creía ser la mansion de la verdad, se ocultaba como el Creador uni-

versal tras la azul cortina de los cielos, la miserable y asquerosa hipocresía. Si, aquellas almas no eran puras como parecían, escepto la de Cecilia, porque tan niña aun, no habia comprendido el mundo para dar lugar á esas pasiones que roban al pensamiento su virginidad.

Alfredo gozó del aprecio (entre el que se ocultaba el veneno de la mentira) que la familia de Cecilia le ofrecía, hasta que un dia don Pedro, (este era el padre de ella), descubrió las amorosas relaciones de mi amigo y de Cecilia, desde entonces dejó de ser el jóven honrado y caballero, para ocupar el lugar de un libertino, de un perdido, de un seductor.... así lo decían ellos á todos sus amigos. Mas tarde Alfredo dió pruebas de ser todo lo contrario, se casó con una linda jóven, la que hoy es dichosa y feliz con él y con su amor.

Cecilia dejó de ser la niña inocente y pura para aparecer ante el mundo como una miserable coqueta, rodeada de necios aduladores.

Sus padres sienten haber perdido el partido de Alfredo para su niña, y lamentan haber corrompido el corazón de su querida hija con las doctrinas hipócritas y miserables que la han enseñado.

Cuán sensible es, queridos lectores, que algunos padres de familia no llenen debidamente la santa y noble misión que Dios les ha impuesto sobre la tierra! Si cumplieran con ella, la sociedad solo contaría con individuos que la honrasen por medio de sus principios sanos y morales, y no tendrían cabida en ella las almas hipócritas y vulgares.

Tened siempre vuestras puertas cerradas, para que la hipocresía no penetre en vuestras sencillas moradas; que la religion sea vuestra mejor amiga, y ella os dará lecciones tan elocuentes, que sin quererlo sereis buenas amigas, esposas fieles y cariñosas madres, que hagan felices al amigo, al esposo y á sus hijos queridos. Confiado en que merecerá el aprecio de las personas sensatas, concluye este artículo, despidiéndose hasta otro dia

Agustin Mariscal.

LA CUBANA.

La de la dulce y tímida mirada,
La del talle gentil y pie pequeño,
La imagen que concibe en un ensueño
La mente del poeta entusiasmada:

La sensible doncella enamorada
A quien nunca el dolor mostró su ceño,
El arcángel divina que risueño
Miramos de la vida en la alborada:

La trigueña de seno palpitante
Que amores brinda en ardoroso anhelo
Y goza de placer y muere amante
Para en la gloria iluminar el cielo:

Esta es mi dicha, mi ilusión, mi hermana,
Este tipo sublime es la Cubana.

M. F. Trevejo.

SECCION PARA LOS NIÑOS.

CUENTOS DE CARLOS PERRAULT.

(TRADUCIDOS DEL FRANCES.)

CUENTO DECIMO.

LA PRINCESA PRUDENTE

O AVENTURAS DE ASTUTA.

Por el tiempo de las Santas Cruzadas, un rey de no sé que reino de Europa resolvió hacer la guerra á los infieles en la Palestina. Antes de emprender un viaje tan largo, puso en buen orden los asuntos de su reino, y confió la regencia á un ministro tan hábil, que estaba tranquilo por este lado. Lo que mas inquietaba á este príncipe era el cuidado de su familia, pues habia perdido á su esposa poco tiempo hacia, no dejándole ningun hijo, y si tres princesas casaderas. La crónica no me ha dicho sus verdaderos nombres, y solamente sé que, como en aquellos felices tiempos la sencillez de los pueblos ponía epítetos á las personas eminentes segun sus buenas ó malas cualidades, denominaban á la mayor de estas princesas Indolente, á la segunda Parlante y á la tercera Astuta, nombres todos que tenían una justa relacion con los caracteres de estas tres hermanas.

Nunca se ha visto una cosa tan perezosa como era Indolente. Todos los dias se levantaba despues de la una, despeinada, los vestidos desabrochados y sin cintura, y á veces una chinela de un modo y otra de otro. La arreglaban durante el dia, pero no podian conseguir que estuviese de otro modo que en chancas, pues los zapatos la causaban una fatiga insoportable.

Despues de comer se ponía al tocador, donde estaba hasta la noche, lo demas del tiempo hasta media noche lo empleaba en jugar y en cenar; en seguida estaba casi tanto tiempo para desnudarse como habian estado para vestirla, no habiendo podido nunca lograr el acostarse antes del amanecer.

Parlante llevaba otro género de vida. Esta princesa era muy viva, así que empleaba poco tiempo en su persona, pero tenía una gana de hablar tan grande que desde que se levantaba hasta que se acostaba no cerraba su boca. Sabía la historia de los matrimonios buenos y malos, y de los amoríos no solamente de toda la corte, sino hasta de los mas sencillos ciudadanos. Llevaba cuenta de todas las mugeres que escatimaban algo en su casa para proporcionarse mayor lujo, y estaba exactamente informada de lo que ganaba la doncella de tal condesa y el cocinero de cual marqués. Escuchaba todas estas pequeñeces á su nodriza y á su costurera con mas gusto que si fuera á un embajador, y despues aturdía con tan bellas historias desde el rey su padre hasta á sus criados y lacayos, pues con tal de hablar no se la importaba á quien.

El prurito de hablar produjo aun otro mal efecto en esta princesa. A pesar de su elevado rango, su demasiada familiaridad dió margen á que algunos jóvenes cortesanos se atreviesen á requebrarla, y ella escuchaba sus requiebros sin cumplimiento, por tener el placer de responderles, pues á cualquier precio que fuese, era preciso que desde por la mañana hasta por la noche estuviese escuchando ó hablando. Parlante, lo mismo que Indolente, no se ocupaba nunca en reflexiones, ni en leer, no cuidándose tampoco de sus deberes domésticos, ni

de entretenerse con la aguja ó el huso. En fin, estas dos hermanas, en su eterna ociosidad, no ocupaban nunca su espíritu ni sus manos.

La hermana menor de estas dos princesas era de un carácter muy diferente. Nunca estaba ocioso su espíritu ni su persona, y tenía una vivacidad sorprendente, pero procuraba hacer buen uso de ella. Sabía bailar perfectamente, cantar y tocar algunos instrumentos, ejecutaba con una destreza admirable todas las labores de su sexo, y ponía orden y arreglo en casa del rey, impidiendo con su cuidado las estafas de los subalternos, pues en aquel tiempo robaban á los príncipes.

Sus talentos no se limitaban á esto, tenía mucho juicio y una presencia de espíritu tan maravillosa, que encontraba al momento medios para salir de cualquier asunto. Esta joven princesa descubrió con su penetracion un lazo peligroso que un embajador de mala fé habia tendido al rey su padre, en un tratado que estaba este para firmar; para castigar la perfidia de este embajador y de su amo, cambió el rey el artículo del tratado, y poniéndolo en los términos que le habia dictado su hija, burló á su vez al engañador. También descubrió esta princesa una trampa que un ministro queria hacer al rey, y por los consejos que dió á su padre hizo recaer la infidelidad de este hombre sobre sí mismo.

En otras muchas ocasiones dió la princesa tantas muestras de su penetracion y agudeza de espíritu, que el pueblo la puso el nombre de Astuta. El rey la queria mas que á las otras hijas, y fiaba tanto en su buen juicio, que si no hubiera tenido mas hijas que ella hubiera marchado sin inquietud; pero desconfiaba de la conducta de las otras hijas, tanto como descansaba en la de Astuta. Así que para estar seguro de las acciones de su familia como se creia estarlo de las de sus súbditos, tomó las medidas que voy á decir.

Ya habreis oido hablar del maravilloso poder de las hadas. El rey de que os hablo, siendo amigo íntimo de una de estas hábiles mugeres, fué á verla, y la hizo presente la inquietud en que estaba respecto á sus hijas.

—No es, dijo este príncipe que las dos mayores que me inquietan hayan hecho nunca la menor cosa contra su deber; pero como tienen tan poco talento, son tan imprudentes y viven en una ociosidad tan grande, temo que durante mi ausencia vayan á tomar parte en alguna loca intriga para entretenerse. En cuanto á Astuta, estoy seguro de su virtud, sin embargo, la trataré como á las demas para que estén iguales; por lo tanto, sabía hada, os suplico me hagais tres ruelas de cristal para mis hijas, y con tal arte, que cada ruela se rompa tan pronto como la persona á quien pertenezca haga cualquier cosa contra su honor.

Como esta hada era de las mas hábiles, dió al rey tres ruelas encantadas y trabajadas con todo el cuidado necesario para su objeto. Pero no contento con esta precaucion, llevó á las princesas á una torre muy elevada situada en un lugar desierto, y las prohibió salir de la torre como también recibir á nadie absolutamente durante su ausencia. Las quitó todos sus criados de ambos sexos, y despues de haberlas dado las ruelas encantadas y espíldolas su cualidad, abrazó á sus hijas y cer-

rando las puertas de la torre, cuyas llaves guardó, partió en seguida.

Creeréis, sin duda alguna, que estas princesas se hallaban en peligro de morir de hambre: nada de eso, pues habían tenido cuidado de clavar en una de las ventanas de la torre un polea con una cuerda, á la que las princesas ataban un cesto que bajaban todos los días. En este cesto ponían sus provisiones diarias, y despues de haberlo subido metían la cuerda en la habitacion.

Indolente y Parlante llevaban en aquella soledad una vida que las desesperaba, fastidiándose hasta un punto que no se podría explicar; pero era preciso tener paciencia, pues la rueca era tan terrible que temían que el menor paso un poco equivoco la hiciese romper.

Por lo que hace á Astuta, no se fastidiaba tanto: el huso, la aguja y los instrumentos de música la proporcionaban algunos entretenimientos; además de esto, por orden del ministro que gobernaba el Estado, ponían en el cesto de las princesas cartas que las informaban de todo lo que pasaba dentro y fuera del reino. El rey lo había mandado así, y el ministro para hacerse propicio á las princesas no dejaba de ser exacto sobre este punto. Astuta leía todas estas noticias con avidez y se divertía, pero sus dos hermanas no tomaban la menor parte en ello, pues decían que estaban demasiado tristes para poder divertirse con tan poca cosa, necesitando cuando menos una baraja para distraerse durante la ausencia de su padre.

Así pasaban tristemente su vida murmurando contra su destino, y aun creo que no dejaron de decir: "Que vale mas nacer feliz que ser hijo de rey." Casi siempre estaban á las ventanas de la torre, para ver al menos lo que pasaba en el campo.

Un día que Astuta se hallaba ocupada en su cuarto, sus hermanas, que estaban á la ventana, vieron al pié de la torre una pobre muger llena de harapos, que les pintó su miseria muy patéticamente y las suplicaba con las manos juntas que la dejasen entrar en el castillo, diciéndolas que era una extranjera desgraciada que sabía muchas cosas y que las serviría con suma fidelidad. Al principio se acordaron las princesas de la orden de su padre de no dejar entrar á nadie en la torre; pero Indolente estaba tan cansada de servirse ella misma, y Parlante tan fastidiada de no tener mas que sus hermanas con quien hablar, que las ganas que tenía la una de que la sirviesen y la otra de tener con quien charlar, las resolvió á dejar entrar á la pobre extranjera.

—Piensas tú, dijo Parlante á su hermana, que la prohibicion del rey se estiende á gente como esta desgraciada? Yo creo que la podemos recibir sin consecuencias.

—Haz lo que quieras, respondió Indolente.

Parlante, que no aguardaba mas que su consentimiento, bajó al punto el cesto, y metiéndose dentro la pobre muger, la subieron las princesas con ayuda de la polea.

Cuando esta muger se halló ante ellas, les disgustó el horrible desaseo de sus vestidos y quisieron dárle otros, pero ella les dijo que ya los cambiaria al día siguiente, que á la hora que era no pensaba mas que servirles. Apenas acabó de hablar, volvió Astuta de su cuarto, quedándose muy sorprendida de ver á esta desconocida con sus hermanas, estas la dijeron por qué razon la habían hecho subir, y Astuta, viendo que ya estaba hecho, disimuló su pesar por esta imprudencia.

Entretanto, la nueva criada de las princesas daba cien vueltas por el castillo so pretexto de su servicio, pero en realidad para observar la disposi-

cion del interior, pues no sé si dudareis ya de que esta pretendida pobre era tan peligrosa en el castillo, como lo fué el conde Ory en el convento donde entró disfrazado de abadesa fugitiva.

Por no entretenernos mas, os diré que esta muger cubierta de harapos era el hijo mayor de un poderoso rey vecino del padre de las princesas. Este jóven príncipe, que era uno de los genios mas astutos de su tiempo, gobernaba enteramente al rey su padre, no teniendo necesidad de mucha astucia para esto, pues este rey era de un carácter tan dulce y benigno que le habían dado el nombre de *Bondadoso*.

En cuanto al jóven príncipe, como no hacia nada sino por medio de artificios, los pueblos le habían puesto el sobrenombre de *Cauteloso*.

Tenia un hermano menor, que estaba tan lleno de buenas cualidades como su hermano de defectos; sin embargo, á pesar de la diferencia de genios, reinaba entre los dos una union tan perfecta, que á todo el mundo sorprendia. Además de las buenas cualidades de espíritu que poseía el príncipe menor, la belleza de su rostro y la gracia de su persona eran tan notables, que le llamaban *Buena-Vista*.

El príncipe Cauteloso fué el que inspiró al embajador del rey su padre aquel rasgo de mala fé que la destreza de Astuta hizo recaer sobre ellos. Cauteloso, que no amaba mucho al rey padre de las princesas, acabó por tomarle aversion; así cuando supo las precauciones que había tomado este príncipe respecto á sus hijas, sintió un maligno placer en poder engañar la prudencia de un padre tan desconfiado. Cauteloso obtuvo permiso del rey su padre para emprender un viaje, bajo pretestos que él inventó, y tomó las medidas necesarias para poder entrar en la torre, como ya hemos visto.

Al examinar el castillo, este príncipe observó que era fácil á las princesas hacerse oír de los transeúntes, y resolvió permanecer disfrazado durante todo el día, porque pudieran muy bien ellas, si lo advertían, llamar gente y hacerle castigar por su temeraria empresa. Conservó, pues, durante el día los vestidos y la facha de pobre de profesion, y por la noche, despues de haber cenado las tres hermanas, Cauteloso se quitó los harapos que le cubrían, dejando ver un traje de caballero todo cubierto de oro y pedrería. Las pobres princesas se asustaron tanto al verle, que todas huyeron con precipitacion. Astuta y Parlante como unas águilas llegaron pronto á su cuarto, pero Indolente, que apenas podía andar, fué bien pronto alcanzada por el príncipe.

Al instante se echó á sus pies declarándola quien era, y diciéndola que la reputacion de su hermosura y sus retratos le habían hecho abandonar una corte deliciosa por venir á ofrecerle sus votos y su fé. Indolente estaba al principio tan aturdida, que no podía responder al príncipe, que continuaba de rodillas, pero como la decia mil requiebros y la hacia mil protestas, exhortándola con ardor á que le admitiese por esposo desde aquel momento, y además su molicie natural no la dejaba fuerzas para combatirla, dijo negligentemente á Cauteloso que le creía sincero y que aceptaba su fé, no observando mas formalidades que estas para la conclusion de este matrimonio; pero en cambio perdió su rueca, pues se partió en mil pedazos.

Entretanto Parlante y Astuta estaban en grande inquietud, pues cada una se había encerrado en su cuarto. Estos cuartos estaban bastante distantes uno de otro, y como cada una de ellas ignoraba enteramente el destino de sus hermanas, pasaron la noche sin pegar los ojos.

A la mañana siguiente el malvado príncipe llevó á Indolente á un cuarto bajo que caía al jardín, y allí esta princesa hizo presente á Cauteloso la inquietud en que estaba por sus hermanas, aunque no se atrevía á presentarse á ellas por miedo de que desaprobasen su matrimonio. El príncipe se encargó de obtener su aprobación, y después de algunas palabras salió y dejó encerrada á Indolente, sin que ella se apercibiese, yéndose en seguida á buscar á las princesas. Por algún tiempo estuvo sin poder descubrir las habitaciones en que estaban encerradas, pero como Parlante tenía siempre tantas ganas de hablar, empezó á lamentarse sola, y habiéndola oído el príncipe, se acercó á la puerta de su cuarto y la vió por el agujero de la cerradura.

Cauteloso la habló desde afuera y la dijo lo mismo que á su hermana, que había acometido la empresa de entrar en la torre solo por ofrecerle su corazón y su fe. Ensalzó con exageración su belleza y su talento, y Parlante, que estaba muy persuadida de que poseía un mérito grande, fué bastante loca para creer lo que el príncipe la decía, y le respondió una porción de palabras nada desagradables. Era preciso que esta princesa tuviese un extraño furor de hablar para desquitarse como hacía en aquellos momentos, pues estaba en un terrible abatimiento, además de que no había comido nada en todo el día, por razón de que no tenía en su cuarto nada que comer. Como era de una pereza estraña y no pensaba nunca más que en hablar, no precavía nada, así que cuando necesitaba alguna cosa recurría á Astuta, y esta amable princesa, que era tan laboriosa y previsora como lo eran poco sus hermanas, tenía siempre en su cuarto una infinidad de mazapanes, pasteles y dulces secos y en almíbar que ella misma hacía. En fin, Parlante, que no tenía esta ventaja, viéndose apremiada por el hambre y por las tiernas protestas que le hacía el príncipe desde fuera, abrió á este seductor, que cuando hubo abierto representó perfectamente su papel delante de ella, pues lo llevaba bien estudiado.

En seguida salieron ambos de este cuarto y se fueron al refectorio del castillo, donde encontraron toda clase de refrigerios, pues el cesto proveía siempre de antemano á las princesas. Parlante estaba al principio con cuidado por lo que sería de sus hermanas, pero luego se le puso en la cabeza, no sé con que fundamento que estaban las dos encerradas en la habitación de Astuta, donde no carecían de nada. Cauteloso hizo todo lo que pudo por confirmarla en esta idea, y la dijo que irían á buscar á las princesas por la noche, pero ella no se avino á esto, y respondió que era preciso ir las á buscar después de comer.

En fin, el príncipe y la princesa comieron juntos y muy acordes, y cuando hubieron acabado, Cauteloso pidió ir á ver la mejor habitación del castillo, dió la mano á la princesa que le llevó allí, y luego que llegaron empezó á exagerar el cariño que la tenía y las ventajas que hallaría casándose con él. La dijo, como á Indolente, que había de aceptar su fe al instante, porque si iba á buscar á sus hermanas antes de haberle recibido por esposo, no dejarían de oponerse á ello, porque siendo sin contradicción el príncipe vecino mas poderoso, parecía ser mejor partido para la mayor que para ella, y que por consiguiente esta princesa no consentiría nunca en una unión que deseaba con tanto ardor. Parlante, después de hablar mucho sin decir nada, fué tan extravagante como su hermana, aceptó al príncipe por esposo, no acordándose de su rueca de cristal sino después que se rompió en mil pedazos.

Por la noche, Parlante volvió á su cuarto con el príncipe, y lo primero que vió esta princesa fué su rueca de cristal rota. Al verla se quedó turbada, y el príncipe le preguntó la causa de semejante turbación. Como el furor de hablar la volvía incapaz de callar nada, confesó tontamente á Cauteloso el misterio de las ruecas, teniendo este príncipe un maligno gozo en que el padre de las princesas se quedaria por este medio plenamente convencido de la mala conducta de sus hijas.

Sin embargo, Parlante no estaba ya de humor de buscar á sus hermanas, pues temía con razón que no aprobasen su conducta; pero el príncipe se ofreció á ir las á buscar, diciéndola que no perdonaria medio á fin de persuadirlas á que lo aprobasen. Con esta seguridad, la princesa, que no había pegado sus ojos, se durmió, y mientras tanto Cauteloso la encerró con llave, lo mismo que á Indolente.

Cuando este pérfido príncipe hubo encerrado á la débil y confiada Parlante, fué recorriendo una tras otra todas las habitaciones del castillo, y como las encontrase todas abiertas, menos una que había cerrada por dentro, sacó por consecuencia que aquella era seguramente donde se había retirado Astuta. Como había compuesto un discurso-circular, fué á recitar á la puerta de Astuta lo mismo que había dicho á sus hermanas; pero esta princesa, que no era tan tonta como ellas, le estuvo escuchando largo tiempo sin responderle. En fin, viendo que él sabía ya que se hallaba en aquel cuarto, le dijo, que si era cierto su amor y tan grande y tan sincero como quería persuadirla, le suplicaba se bajase al jardín y cerrase la puerta tras él, y después ella le respondería cuanto gustase por la ventana de su cuarto que caía á dicho jardín.

Cauteloso no quiso aceptar aquel partido, y como la princesa se empeñase en no querer abrir, este malvado príncipe, impaciente, fué á buscar una tranca y forzó la puerta; pero encontró á Astuta armada de un gran martillo que habían dejado casualmente en un guarda-ropa junto á su cuarto. La emoción animaba su semblante, y aunque sus ojos estuviesen llenos de cólera, le pareció á Cauteloso de una belleza encantadora. Quiso echarse á sus pies, pero retrocediendo ella, le dijo con altivez:—

—Príncipe, si os acercáis á mí os parto la cabeza con este martillo.

—¡Qué! hermosa princesa, respondió Cauteloso con su tono hipócrita, el amor que os tengo merece un odio tan cruel?

Empezó á ensalzarla de nuevo, pero de un extremo á otro de la habitación, el amor violento que la había inspirado la reputación de su hermosura y de su maravilloso talento. Añadió que se había disfrazado solo por venir á ofrecerle respetuosamente su corazón y su mano, y la dijo que perdonase á su violenta pasión el haberse atrevido á forzar la puerta, concluyendo por quererla persuadir que era de grande interés para ella el recibirle por esposo cuanto antes. También dijo á Astuta que no sabía donde estaban sus hermanas, porque como no pensaba mas que en ella, no se había tomado el trabajo de buscarlas.

La prudente princesa, fingiendo calmarse, le dijo que era preciso buscar á sus hermanas, que después tomarían juntas sus medidas; pero Cauteloso la respondió que no podía resolverse á buscar á las princesas, si no consentía en tomarle por esposo, porque sus hermanas no dejarían de oponerse á ello por razón de su primogenitura.

Astuta, que desconfiaba con razón de este pérfido príncipe, sintió redoblarse sus sospechas al oír aquella respuesta, y temblando por lo que pudiera haber sucedido á sus hermanas, resolvió vengarlas

al mismo tiempo que evitaba una desgracia igual á la que juzgaba habrían tenido ellas. Esta joven princesa dijo pues á Cauteloso que no tenía inconveniente en casarse con él; pero que estando persuadida de que los matrimonios que se efectuaban de noche eran siempre desgraciados, le pedía dejarse para el día siguiente la ceremonia de darse una fe recíproca: prometió no decir nada á las princesas, suplicándole la dejase un poco de tiempo sola para pensar en Dios; en seguida le dijo que le llevaría á una habitación donde había una buena cama, y que ella volvería á encerrarse en su cuarto hasta la mañana siguiente.

Cauteloso, que no era hombre de mucho valor, y veía siempre á Astuta armada de un gran martillo, el que manejaba como si fuera un abanico, Cauteloso, digo, consintió en lo que deseaba la princesa, y se retiró para dejarla meditar algún tiempo.

Apenas se hubo marchado, corrió Astuta á hacer una cama en el agujero de un sumidero que había en un cuarto del castillo; este cuarto era lo mismo que otro cualquiera; pero en el agujero de este sumidero, que era muy espacioso, echaban toda la basura del castillo. Astuta puso sobre este agujero dos palos muy endebles cruzados, hizo una cama encima con mucha propiedad, y en seguida se retiró á su cuarto.

A poco tiempo volvió Cauteloso, y conduciéndole la princesa á donde acababa de hacer la cama, se retiró. Sin desnudarse el príncipe se echó en la cama con precipitación, y habiéndose roto los palitos con aquel peso, cayó al fondo del sumidero, sin poderse detener, haciéndose veinte chichones en la cabeza, y destrozándose por todas partes. La caída del príncipe hizo gran ruido en el conducto, que no estaba muy lejos del cuarto de Astuta, sintiendo esta un gozo interior en extremo agradable, cuando vió que su artificio había tenido el éxito que esperaba. No se puede describir el placer que tuvo cuando le oyó chapuzar en el sumidero; pero bien merecía este castigo, y la princesa tenía razón de estar satisfecha.

Pero no la ocupaba tanto su alegría que no pensase en sus hermanas. Su primer cuidado fue buscarlas, siéndola fácil el encontrar á Parlante, pues Cauteloso, despues de haber encerrado á esta princesa dejó la llave en la puerta. Astuta entró apresuradamente en este cuarto, y al ruido que hizo despertó su hermana sobresaltada, quedándose muy confusa al verla. Astuta la contó de qué manera se había deshecho del pícaro príncipe que había ido á ultrajarlas. Al oír esto Parlante, se quedó como herida de un rayo, porque á pesar de su cháchara, era tan poco advertida, que había creído ridículamente todo lo que Cauteloso la había dicho. Todavía hay incautas como esta en el mundo.

Disimulando esta princesa el esceso de su dolor, salió de su cuarto para ir con Astuta á buscar á Indolente. Recorrieron todos los cuartos del castillo sin encontrar á su hermana, hasta que Astuta se acordó que podría muy bien estar en la habitación del jardín, encontrándola efectivamente allí medio muerta de desesperación y de debilidad, pues no había probado bocado en todo el día. Las princesas la dieron los socorros necesarios, en seguida hicieron juntas averiguaciones que causaron á Indolente y Parlante un dolor mortal, y despues se fueron todas tres á descansar.

Entretanto Cauteloso pasó la noche con mucha incomodidad, y cuando vino el día no estuvo mucho mejor. Este príncipe se hallaba en cavernas que no podía examinar, porque nunca penetraba el sol allí. Sin embargo, á fuerza de tormentos halló la salida del sumidero, que daba á un río bastante

lejos del castillo, encontrando medios de hacerse oír de las gentes que paseaban en dicho río, de donde le sacaron en un estado muy lastimoso.

Se hizo conducir á la corte del rey su padre para curarse mejor, pero aquella desgracia le hizo tomar un odio tan grande á Astuta, que menos pensó en curarse que en vengarse de ella.

Esta princesa pasaba momentos bien tristes; la gloria la era mil veces mas cara que la vida, y la vergonzosa debilidad de sus hermanas la ponía en una desesperación de que apenas podía hacerse dueña. Sin embargo, la mala salud de estas dos princesas, causada por las consecuencias de su indigno matrimonio, puso aun á prueba la constancia de Astuta.

Cauteloso, que era ya un hábil trapacero, recorrió todo su espíritu desde su aventura, para serlo aun mas, pues ni el sumidero ni las contusiones no le causaban tanto pesar como el despecho de haber hallado un mas ladino que él. Dudó del éxito de sus dos casamientos, y para probar á las princesas enfermas, hizo llevar bajo las ventanas de su castillo grandes cajas llenas de árboles cargados de buenos frutos. Indolente y Parlante, que estaban casi siempre á la ventana, vieron estos frutos y al punto les entró un gran deseo de comerlos, acosando á Astuta para que bajase en el cesto á cojerlos. Esta princesa fué bastante complaciente para contentar á sus hermanas, bajando y llevándoles aquellos bellos frutos, que ellas comieron con suma avidez.

Al día siguiente aparecieron frutos de otra especie. Nuevo antojo de las princesas y nueva complacencia de Astuta; pero unos oficiales de Cauteloso que estaban ocultos y que habían errado el golpe la primera vez, no le erraron esta, y apoderándose de Astuta se la llevaron á la vista de sus hermanas, que se arrancaban los cabellos de desesperación.

Los satélites de Cauteloso lo hicieron tan bien, que llevaron á Astuta á una casa de campo, donde el príncipe estaba acabando de reponerse. Como estaba muy furioso contra esta princesa, la dijo cien cosas, á lo que siempre respondió ella con una firmeza y una grandeza de alma dignas de una heroína como ella.

En fin, despues de haberla tenido algunos días prisionera, la hizo conducir á la cumbre de una montaña muy alta, á donde llegó él mismo un momento despues. Allí la anunció que la iba á hacer morir de una manera que le vengase de todo lo que le había hecho. En seguida este pérfido príncipe mostró bárbaramente á Astuta un tonel lleno por dentro de cortaplumas, navajas y clavos retorcidos, y la dijo que para castigarla como merecía, iba á echarla en este tonel, haciéndole rodar despues desde lo alto de la montaña.

Aunque Astuta no fuese romana no estaba mas asustada del suplicio que la preparaban que Régulo estuvo en otro tiempo á vista de semejante destino. Esta joven princesa conservó toda su firmeza y toda su grandeza de espíritu, pero Cauteloso, en lugar de admirar su heroísmo, aumentó su rabia, deseando acelerar su muerte. Con este objeto se bajó á la entrada del tonel que debía ser el instrumento de su venganza, para examinar si estaba bien provisto de todas las armas homicidas.

Astuta, que vió á su perseguidor mirando atentamente el tonel, le empujó hábilmente dentro sin pérdida de tiempo, y le hizo rodar desde lo alto de la montaña, sin dar al príncipe tiempo para volver en sí. Hecho esto emprendió la fuga, y los oficiales del príncipe, que habían visto con gran dolor el modo cruel con que su amo quería tratar á esta princesa amable, no se cuidaron de correr tras ella.

para detenerla. Por otra parte, estaban tan espantados de lo que acababa de suceder á Cauteloso, que no pensaron en otra cosa mas que procurar detener el tonel, que rodaba con violencia; pero sus cuidados fueron inútiles, pues rodó hasta el pié de la montaña, sacando de allí á su príncipe todo cubierto de heridas.

La desgracia de Cauteloso llenó de desesperación al rey Bondadoso y al príncipe Buena-Vista. Por lo que hace á sus súbditos no lo sintieron, pues Cauteloso era muy aborrecido, y aun se asombraban de que el príncipe menor, que tenia sentimientos tan nobles y generosos, pudiese amar tanto á este indigno mayor. Pero tal era el buen natural de Buena-Vista, que se aficionaba fuertemente á todos los de su familia, y Cauteloso habia tenido siempre la destreza de manifestarle tanta amistad, que este generoso príncipe nunca se hubiera perdonado el no corresponderle con usura. Buena-Vista tuvo pues una gran pena por las heridas de su hermano, y procuró en cuanto pudo curarlas prontamente. Sin embargo, á pesar del asiduo cuidado que todo el mundo tomó, nada aliviaba á Cauteloso; al contrario, sus llagas parecían siempre enconarse cada vez mas, haciéndole sufrir por mas tiempo.

Después de haberse librado Astuta del grave peligro que habia corrido, volvió felizmente al castillo donde habia dejado á sus hermanas; pero no pasó mucho tiempo sin tener nuevos pesares. Las dos princesas dieron á luz un hijo cada una, con lo que Astuta se encontró sumamente embarazada. Sin embargo, no por eso se abatió el valor de esta princesa: el deseo que tenia de ocultar la vergüenza de sus hermanas la indujo á esconderse otra vez. Tomó, para salir con su intento, todas las medidas que la prudencia puede inspirar: se disfrazó de hombre, encerró los hijos de sus hermanas en unas cajas, haciendo en ellas unos agujeritos frente á la boca de los niños para que pudiesen respirar, tomó un caballo, cogió estas cajas y algunas otras, y de este modo llegó á la capital del rey Bondadoso, donde estaba Cauteloso.

Cuando Astuta llegó á esta ciudad supo que la magnificencia con que el príncipe Buena-Vista pagaba los remedios que daban á su hermano, habia atraído á la corte todos los charlatanes de Europa, porque en aquel tiempo habia una multitud de aventureros sin oficio ni talento que pasaban por hombres admirables que habian recibido don del cielo para curar todas clases de males. Estas gentes, cuya sola ciencia consistia en engañar osadamente, hallaban siempre mucha fé en los pueblos, pues sabian imponerlos por su exterior extraordinario y por los nombres raros que tomaban. Esta clase de médicos nunca permanecen en el lugar de su nacimiento, y la prerogativa de venir de lejos les da frecuentemente mucho mérito entre el vulgo.

La ingeniosa princesa, bien informada de todo esto, tomó el nombre de Sanatio, enteramente extraño para este reino, y se hizo anunciar por todas partes que el caballero Sanatio habia llegado con secretos maravillosos para curar todas clases de heridas por peligrosas y enconosas que fueran. Al instante Buena-Vista envió á buscar al pretendido caballero. Astuta fué, hizo el médico empírico lo mejor del mundo, recitó cinco ó seis palabras del arte con aire de importancia, y todo salió bien.

Esta princesa se quedó sorprendida del buen aspecto y agradables maneras de Buena-Vista, y después de haber hablado algun tiempo con este príncipe sobre las heridas de Cauteloso, le dijo que iba á buscar una botella de una agua incomparable, y

que entretanto dejaba allí dos cajas que habia traído y que contenian ungüentos excelentes, á propósito para el príncipe herido.

Hecho esto, el pretendido médico salió y no volvió: estando muy impaciente por su tardanza, iban á buscarle cuando oyeron gritos de niños en el cuarto de Cauteloso; esto sorprendió á todo el mundo, porque allí no habia niños; sin embargo algunos aplicaron el oído, y descubrieron que estos gritos salian de las cajas del empírico.

Eran en efecto los sobrinos de Astuta. Esta princesa les habia hecho tomar mucho alimento antes de ir á palacio; pero como ya hacia bastante tiempo, querian mas, y ellos lo pedian cantando en un tono indolente. Abrieron la caja y se quedaron muy sorprendidos de ver allí efectivamente dos chiquillos muy lindos. Cauteloso no dudó que esto seria un nuevo chasco de Astuta, y concibió un furor tan grande, que sus males se aumentaron hasta un punto que se vió bien que no daba esperanza de vida.

Buena-Vista estaba traspasado de dolor, y Cauteloso, pérfido hasta en sus últimos momentos, quiso abusar del cariño de su hermano.

—Siempre me habeis amado, príncipe, le dijo, y llorareis mi muerte. No tengo necesidad de mas pruebas de vuestra amistad en vida, pues estoy para morir; pero si os he sido verdaderamente querido, prometedme que me concedereis la súplica que os voy á hacer.

Buena-Vista, que en el estado en que veia á su hermano se sentia incapaz de reusarle nada, prometió con los mayores juramentos concederle todo lo que le pidiera. Al instante que Cauteloso oyó estos juramentos, dijo á su hermano abrazándole:

—Príncipe, muero consolado porque seré vengado: pues el ruego que tengo que haceros es que pidais en matrimonio á Astuta tan pronto como yo muera. Sin duda obtendreis esta maligna princesa, y en cuanto esté en vuestro poder la clavareis un puñal en el pecho.

Buena-Vista se estremeció á estas palabras, arrepintiéndose de la imprudencia de sus juramentos; pero ya no era tiempo de desdecirse, y no quiso mostrarse arrepentido á su hermano, que espiró pocos momentos después.

El rey Bondadoso tuvo un profundo dolor. En cuanto á sus súbditos, lejos de sentirlo, se alegraron de que la muerte de Cauteloso asegurase la sucesión del reino á Buena-Vista, cuyo mérito era apreciado de todos.

Astuta, que otra vez volvió felizmente con sus hermanas, supo bien pronto la muerte de Cauteloso, y poco tiempo después anunciaron la vuelta del rey su padre. Este príncipe fué al instante á la torre, y su primer cuidado fué pedir las ruecas de cristal. Indolente fué á buscar la rueca de Astuta, la mostró al rey, y haciendo una profunda reverencia la llevó á donde la habia tomado. Parlante hizo lo mismo, y á su vez Astuta llevó su rueca; pero el rey, que tenia sospechas, quiso ver las tres ruecas juntas. Solo Astuta pudo enseñar la suya, y el rey se enfureció tanto contra sus dos hijas mayores, que en aquel mismo instante las envió á la hada que le habia dado las ruecas, suplicándole que las tuviese toda su vida junto á ella, y las castigase como se merecian.

A este fin las llevó la hada á una galería de su palacio encantado, donde habia hecho pintar la historia de un sin número de mugeres ilustres que se habian hecho célebres por sus virtudes ó por su vida laboriosa. Por un efecto maravilloso del arte de encantamiento, todas aquellas figuras tenian movimiento y estaban en accion desde por la ma-

ñana hasta por la noche. Por todas partes se veían trofeos y lemas en loor de estas mugeres virtuosas; y no era poca mortificación para las dos hermanas el comparar el triunfo de estas heroínas con la despreciable situación á que su desgraciada imprudencia las había reducido. Para colmo de pesadumbre la hada les dijo con gravedad que si se hubiesen ocupado como aquellas cuyos cuadros veían, no hubieran caído en los indignos extravíos en que se habían perdido, pues la ociosidad es la madre de todos los vicios y el origen de todas las desgracias, añadiendo que para que no volviesen á caer nunca en semejantes desgracias, y para reparar el tiempo perdido, iba á ocuparlas de una manera buena. En efecto, obligó á las princesas á emplearse en los trabajos mas groseros y mas bajos, y sin consideración á su tez, las envió á coger guisantes á sus jardines y á arrancar las yerbas malas. Indolente, no pudiendo resistir la desesperación de llevar una vida tan poco conforme á sus inclinaciones, murió de penas y de fatiga, y Parlan- te, que algun tiempo despues halló medios de escaparse una noche del castillo de la hada, se rompió la cabeza contra un árbol, muriendo de resultas de esta herida en manos de unos aldeanos.

El buen natural de Astuta la hizo sentir un dolor muy vivo por el destino de sus hermanas, y en medio de sus pesares supo que el príncipe Buena-Vista la había pedido en matrimonio al rey su padre, que la había concedido sin pensar, pues en aquel tiempo la inclinación de las partes era lo que menos se miraba en un matrimonio. Astuta tembló al saber esto, temiendo con razón que el odio que Cauteloso le profesaba, no hubiera pasado á un hermano de quien era tan querido, y recelando que este jóven príncipe quisiera casarse con ella para sacrificarla á su hermano. Llena de esta inquietud, fué la princesa á consultar á la sabia hada, que la estimaba tanto como había despreciado á Indolente y á Parlan- te.

La hada no le quiso revelar nada, y solamente le dijo:

—Princesa, sois sabia y prudente, y habeis tomado hasta aquí medidas muy justas para vuestra conducta, teniendo siempre en cuenta que *la desconfianza es la madre de la seguridad*. Continúa, pues acordandoos de la importancia de esta máxima, y llegareis á ser feliz sin el socorro de mi arte. No pudiendo Astuta saber mas de la hada, se volvió á palacio en una extrema agitación.

Algunos dias despues se desposó esta princesa con un embajador á nombre del príncipe Buena-Vista, y la llevaron á reunirse con su esposo en un tren magnífico. La hicieron muy buen recibimiento en las dos primeras ciudades fronterizas del rey Bondadoso, y en la tercera encontró á Buena-Vista, que había venido á recibirla por orden de su padre. Todo el mundo estaba sorprendido al ver la tristeza de este príncipe á la aproximación de un matrimonio que parecia haber deseado; el mismo rey pugnó con él para enviarle á su pesar á recibir á la princesa.

Al verla Buena-Vista se quedó admirado de sus gracias: la cumplimentó, pero de una manera tan confusa, que las dos cortes, que sabían lo discreto y galante que era este príncipe, creyeron que se hallaba tan vivamente conmovido, que á fuerza de estar enamorado perdía su presencia de espíritu. En toda la ciudad resonaban gritos de alegría, y no se oían por todos lados mas que conciertos y fuegos artificiales. En fin, despues de una cena magnífica, se pensó en llevar á los dos esposos á su cuarto.

Acordándose siempre Astuta de la máxima que

le repitió la hada, formó su plan. Ganó á una de sus damas, que tenía la llave del gabinete de la habitación que le habían destinado, y le mandó llevar á este gabinete paja, una vejiga de sangre de carnero, y las tripas de algunos de los animales que habían servido para la cena. La princesa pasó á este gabinete bajo un pretexto, compuso una figura de paja, en la que colocó la vejiga y las tripas llenas de sangre, y la adornó en seguida en traje de cama y con gorro de dormir.

Cuando Astuta acabó esta bella muñeca, fué á reunirse con los demas, y poco despues condujeron á la princesa y á su esposo á su habitación. Despues del tiempo necesario para arreglarse el tocado, la dama de honor quitó las luces y se retiró. En seguida Astuta metió su muger de paja en la cama, y se escondió en un rincon de la alcoba.

Despues de haber suspirado el príncipe dos ó tres veces, sacó su espada y atravesó con ella el cuerpo de la pretendida Astuta. Al instante sintió correr la sangre por todas partes, encontrando á la muger de paja sin movimiento.

—Qué he hecho! exclamó Buena-Vista; qué! despues de tan crueles agitaciones, despues de haber dudado tanto, cumplo mi juramento á espensas de un crimen! He quitado la vida á una princesa encantadora que había nacido yo para amar! Sus gracias me prendaron desde el momento que la vi; sin embargo no he tenido valor para librarme de un juramento que mi hermano, poseído de furor, me exigió por una indigna sorpresa! Cielos! se podía pensar en castigar á una muger por tener demasiada virtud? Pues bien, Cauteloso, ya he satisfecho tu injusta venganza, pero á su vez vengaré á Astuta con mi muerte. Si, bella princesa, es preciso que con la misma espada...

A estas palabras sintió Astuta que el príncipe, que en su transporte había dejado caer su espada, la andaba buscando para atravesarse con ella; mas no queriendo que hiciese semejante tontería, le dijo:

—Príncipe, no me habeis muerto; vuestro buen corazón me ha hecho adivinar vuestro arrepentimiento, y por medio de un engaño inocente os he ahorrado un crimen.

En seguida Astuta contó á Buena-Vista la pre- vision que tuvo respecto á la muger de paja. El príncipe, lleno de gozo por ver que la princesa vivía, admiró la prudencia que tenía en todas ocasiones, y le agradeció infinito el haberle ahorrado un crimen en que no podía pensar sin horror, no como prendiendo como había tenido la debilidad de no ver la nulidad de los desgraciados juramentos que habían exigido de él con artificios.

Sin embargo, si Astuta no hubiese estado siempre bien persuadida de que *la desconfianza es madre de la seguridad*, hubiera sido muerta, siendo causa su muerte de la de Buena-Vista, y despues se hubiera hablado mucho sobre la extravagancia de sentimientos de este príncipe. ¡Vivan la prudencia y la presencia de espíritu! Ellas preservaron á estos dos esposos de funestas desgracias, reservándoles un destino mas dulce, pues se amaron mucho y pasaron una larga serie de dias felices en una gloria y felicidad que no se podría describir.

MORALEJA.

En esta bonita historia
Se ve tambien, á la par
Que al malvado castigar,
Salir cubierto de gloria
El virtuoso y triunfar.

LA SOLEDAD.



AY placeres dulces, apacibles, melancólicos, que no pueden gozarse sino en medio de la soledad. La soledad es la expansión de las almas contemplativas, el blando consuelo de los corazones lacerados. Nada es comparable á ese silencio religioso en que se abstrae el hombre que, lejos del bullicio atronador, se entrega todo á los pensamientos que lo agóvian, á las memorias que lo acibaran, á los dolores que lo atormentan.

La soledad exalta la imaginación: da lugar á monstruosas creaciones de la fantasía, ocasiona trastornos á la razón, produce hasta la demencia, y, haciendo víctimas de algunos que á ella se acogieron, ha aumentado el número de los infortunados. Esta verdad es triste, es lamentable, pero, ¿á dónde irá el hombre sin que la traición, el odio, la ingratitud, la perfidia, no le abrumen y anonaden? ¿á dónde irá sin que las pasiones desencadenadas bramen á su alrededor y conviertan en sangrientos despojos los caros objetos de su deseo? ¿á dónde irá...? A tu seno, soledad hermosa: y si en tu seno muere, si su alma languidece en tus delicias, exhalará su aliento en el esceso mismo de los placeres que pródiga le concedieres.

Algunos varones, guiados de su celo, en la soledad se abismaron: aparentando estériles virtudes, llevaron á ella amargas privaciones: nulos para la sociedad, que pide al hombre el noble ejercicio de la inteligencia para iluminar al mundo con los resplandores del saber, se atrajeron sin embargo esclarecido renombre, y la soledad fue mas tarde acusada de males que solo había ocasionado el error. La razón te vindicó de esos cargos, dulce compañera del desgraciado, y la razón misma, que busca tu inspiración y tu silencio, recibe tu consuelo santo y bienhechor.

En los páramos inmensos del mundo que descubrió Colón, tribus errantes vagaban, y en su soledad dulces fruiciones gozaron niños, mugeres, jóvenes y ancianos. En esas soledades magestuosas, imponentes, penetraron luego hombres civilizados y difundieron los divinos resplandores del cristianismo. Aquella naturaleza grande, espléndida, admirable, inflamó el alma del sublime cantor de Atala y de René. A las sonoras cadencias del escritor europeo, desplegó sus alas el genio americano,

y en la vasta extensión de sus praderas, en la rápida corriente de sus mares, cantó el glorioso rival las heroicas acciones del Piloto, las últimas hazañas del último de los Mohicanos.

Oh! bellas y grandes y sublimes son tus inspiraciones, soledad consoladora. A ti deben las ciencias útiles procederes, portentosos descubrimientos, benéficas invenciones, brillantes y humanitarias doctrinas. En el silencio del gabinete, en la tranquilidad del retiro, en el corto espacio del hogar en que el sabio se entrega á sus vigiliass, en esa soledad que interrumpe solo el anheloso aliento del que medita, la inteligencia se apodera de principios creadores que el hombre desarrolla y lanza luego en el campo hermoso de las ciencias y de las letras. Es á ti á quien deben estas el ensanche inmenso de su progreso, y en tus horas preciosas donde concibió el hombre el atrevido pensamiento de hender las nubes para estudiar en sus regiones las maravillas de la naturaleza, penetrar luego en las entrañas de la tierra, descubrir tesoros que jamás pudo soñar la codicia, y con que ha sabido enriquecer ese ramo importante de los conocimientos humanos: es á ti á quien se deben asilos de piedad, casas de refugio, lazaretos y penitenciarias; tú has inspirado bienhechores proyectos, y despues de dar consuelo al hombre en sus tribulaciones y amarguras, has derramado en la humanidad patentes pruebas de tu celestial beneficencia.

Si en medio de tus horas se han concebido crímenes espantosos que la ferocidad ha consumado luego, tambien en ellas, y solo en ellas, se ha dejado oír el grito penetrante y desgarrador de la conciencia que el estrepito del mundo había ahogado: y la sociedad se ha librado de algunos monstruos, ha visto triunfante la inocencia, piadosa ha enjugado las dulces lágrimas del arrepentimiento.

Tú eres ¡oh soledad! el placido refugio de los corazones contristados. No hay penas que no amortigües, angustias que no calmes, dolores que no alivies. Tú derramas bálsamo suave en las heridas que el infortunio causa, y, si no reparas sus estragos, tampoco los irritas. Cuántas lágrimas no caen en tu seno, cuántos suspiros no se exhalan, cuántas congojas que la sociedad rechaza, que mira con fría indiferencia ó con horrible escarnio, no reciben el calor de tu mano que las abriga. Empeñada lucha levantan las pasiones, negras borrascas los opuestos intereses de la vida, y tus horas, dulces como el bien, apacibles como la calma,

corren serenas para la desgracia. No estan contigo las alegrías del mundo, ni su bullicio atronador. No, junto á ti veo siempre, ó al hombre que medita, ó al hombre que el infortunio agovia. En la frente del primero se miran las huellas del estudio, el resplandor divino de las ciencias: en el rostro del segundo lágrimas que se deslizan con sosiego,

y que tú amorosa y trémula sabes mitigar.

Por eso, soledad bienhechora, dulce compañera del desgraciado, yo te bendigo, y en estos instantes solemnes me entrego á ti, á ti que acoges benigna los pensamientos que te consagro.

M. Costales.

A UNA VIRGEN DORMIDA.

Durmiendo está la hermosa
Que causa mi desvelo,
Mas ya que está dormida
Guardémosla su sueño.

¡Cuán bella así mi amada
Sobre el mullido lecho,
La sien en una mano,
La otra sobre el seno!

Ay! duerme, dueño mio,
Pues darte quiso el cielo
Sueño apacible y blando
Sin susto y sin recelos.

Y déjame á mí solo
Velar, mi dulce dueño,
Pensando que algun día
Se cumplan mis deseos.

La angelical sonrisa
Que por tu labio advierto
Me prueba, ángel divino,
Lo dulce de tu sueño.

Quizá en estos instantes
Que tu beldad contemplo,
Oyendo estás los ángeles
Que cantan en el cielo.

Y pues tu sueño arrullan
En celestial concierto,
Los bellos querubines
Y los ángeles bellos;

No importa que á la vida
Te robe el blando sueño,
Pues que dormida gozas
En tu virgíneo lecho.

Yo en tanto aquí á tu lado
Velando estoy, y pienso
Que mientras estás dormida
Disfrutas mil contentos.

Pues no oyes de este mundo
Las lágrimas y duelos,
Ni turba nada, hermosa,
Tu paz y tu sosiego.

Yo aquí por tus venturas
Estoy á Dios pidiendo,
En tanto que los ángeles
Te arrullan desde el cielo.

¡Cuán bella estás, mi amada,
En tu virgíneo lecho,
La sien en una mano,
La otra sobre el seno!

Tu frente despejada,
Tus labios entreabiertos,
Velándome tus párpados
La luz de tus luceros.

Ay! dulce amada mia,
En tu apacible sueño,
Si acaso te imaginas
Las dichas de este suelo,

No olvides un instante
Que el goce verdadero
Es ver correspondido
Nuestro mejor afecto.

Y pues que de adorarte
Te hice el juramento,
Recuérdalo, amor mio,
En medio á tus ensueños.

Y allá cuando en la noche,
Cerrada en tu aposento,
Tranquila y solitaria
Evoques tus recuerdos,

Mi nombre y mis canciones,
Que á tu beldad ofrezco,
Se mezclen, niña hermosa,
A tus dorados sueños.

Yo así, tras las fatigas
De mi afanoso empleo,
Cuando en la noche pido
Descanso al blando lecho,

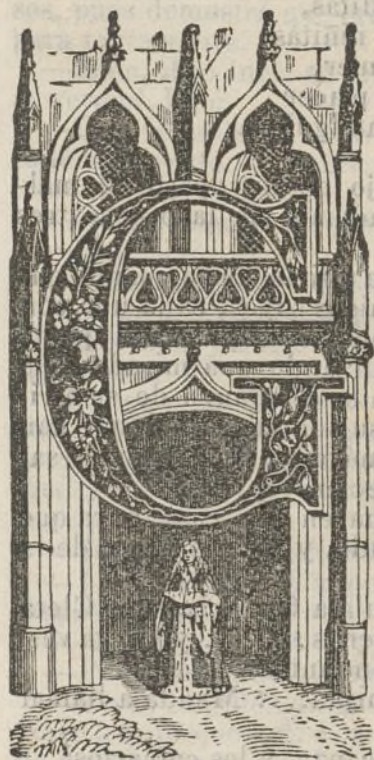
Tu imagen peregrina
Tan solo es lo que veo,
Porque ella es la que ocupa
Mi altivo pensamiento.

Mas ora que tranquila
Descansas sobre el lecho,
La sien en una mano,
La otra sobre el seno,

Ay! duerme, dueño mio,
Sin susto y sin recelos,
Que yo estoy á tu lado
Para velar tu sueño!

I. de Estrada y Zenea.

LOS DIAS DE UN ESCRITOR.



GENERALMENTE los escritores públicos llevan sobre sí esta insufrible trinidad: sonar mas que cohetes, tener disgustos diarios, y padecer del mal crónico de la arranquitis. Con tan bonito terceto, considere el pio lector que horas tan bellas pasará el prójimo que por arte del diablo haya entrado en este gremio, y gracias sean dadas al género femenino, que recompensa con su afecto la agitada vida del periodista ó escritor; pues aun cuando es verdad que en todas las carreras hay su pró y su contra, el contra del periodista es mas siete veces que el pró, pues hay quien le hace trabajar y perder tiempo y opinión para no pagarles, quien se ofenda de la menor palabrita en que se crea aludido, cuando era el primero en reirse cuando de los otros se hablaba, actores que se exaltan y juran vengarse por cualquier fruslería, amantes de ventana que desafían, viejas que escriben arañazos ya que no pueden darlos de hecho. Bien dijo el primero de los poetas cómicos contemporáneos:

A no haber reclamaciones,
ya del cómico quejoso,
ya de poetas ramplones,
ya de un hombre quisquilloso,
ya ¡gran Dios! de un calavera
deslenguado y quimerista,
gran dicha fuera
ser periodista.

Mas con esa vida amarga,
sin mil cuitas que no nombro,
tan insoportable carga
lleve el diablo sobre el hombro,
aunque tenga mas dinero
que el mas fuerte prestamista....
No mas; no quiero
ser periodista.

Pues bien, amigas mías: este mártir y crucificado redentor, este pobre hombre á quien tantos envidian, á quien muchas personas juzgan feliz, y que se nombra escritor, periodista &c., cuando es pobre, como sucede generalmente, no solo sufre las cargas y gages del empleo, sino que tambien en el hogar doméstico tiene horas de amargura; de estas debo ocuparme en el presente artículo, por haber sido mudo testigo de los acontecimientos.

Era el santo de un escritor amigo mio, tan bueno como desgraciado, casado y lleno de parientes.

El vió llegar su aurora como llegan la de todos los dias; pero como la noche anterior le habian tocado á su ventana la Cachicamba y el Accidente una flauta, un violin, una guitarra y un búlsen, conoció por esta cencerrada que el dia de sus natales debia ser para él un dia de fatiga, de arrebató y de zozobras. Poseedor en toda regla de la mitad del sueldo de aquel mes, que religiosamente habia ganado, puso dos letras al pagador, y recibió aquella pequenísima suma, que multiplicada por dos tenia que dividir en treinta dias que tiene el mes, para sostenerse él, su esposa, su suegra, tres epilogos de la obra (vulgo hijos), una criada y una agregada, sin que hubiese otro recursito, ni aun para los gastos menores de la casa.

Llegó la rubicunda aurora, como he dicho, y el pobre escritor la saludó con un suspiro prolongado, pues cuando él abrió los ojos ya estaban en la sala tomando café don Salustio, su esposa doña Gertrudis, tres niñas y un asiático de doce años que los acompañaba, y que venian á pasar un dia alegre en casa del pobre Homobono.

—Misericordia, Dios mio! dijo Homobono; qué va á ser de mí? Donde comen tres es verdad que pueden comer cuatro; pero donde apuradamente comen ocho ¿cómo pueden comer seis mas? Mas fácil es hallar el movimiento continuo.

Esto pensando se vistió Homobono apresuradamente, y salió haciendo de tripas corazón á llenar políticamente su deber. Apenas lo vió don Salustio se le prendió al cuello para demostrarle todo su cariño, imitándolo las niñas, que hicieron presa de los faldones de la levita, y hasta el asiático, animado con la escena, le enseñaba dos hileras de blancos dientes que llenaban de terror al favorecido.

—Señores, tanta bondad, decia él.

—A pasar todo el dia á su lado, decia doña Gertrudis, legítima cónyuge de don Salustio.

—Y ya han tomado café?

—Sí, dijo don Salustio, y por cierto que está magnífico: yo me he tomado dos tazas, y ahora que he tenido el placer de verlo á usted, voy á tomar la tercera.

—Y yo tambien, dijo la señora.

—Y yo, y yo, repitieron en coro las niñas.

—Lo que ustedes quieran, señores, lo que ustedes quieran, dijeron á la vez Homobono y su esposa Ines.

—Si hubiera mantequilla, tomaria un poquito, dijo el papá.

—Mantequilla! mantequilla! dijeron todos.

—Inesita, dijo él, que les traigan mantequilla, y sacando simuladamente una moneda del bolsillo, se la entregó del mismo modo á su esposa.

Todos los de la familia se agregaron á este ligero desayuno, pues todos tenian magnífico apetito, excepto el pobre escritor que, segun él decia, estaba algo indispuerto de los hipocondrios; así que él, puramente de observador, vió que en un momento y como por encanto quedó limpia la mantequillera y libre de franceses el canastico, sin dejar ni aun huellas de su paso por el mundo.

—Qué buena está la mantequilla! decia doña Gertrudis; qué fresca! qué desalada!

—Y el pan tan tierno, tan calentico que incitaba! dijo don Salustio.

—Me alegro, señores, que haya estado tan bueno el refrigerio.

—Como que yo, amigo mio, no tengo otro placer que la comida; para mí, Homobono, se acabaron los bailes, los teatros, las parrandas; á la vida agitada de mi juventud ha sucedido la quietud, y estoy por lo positivo, buen almuerzo, buena comida, y mejor cena.

—Vamos, vengan á sentarse, decia Ines, quien, ya embulladita con las visitas, no se acordaba de las angustias de su esposo; siéntense.

Homobono se asomó á la puerta, llamó al negro de la casa vecina, y le pidió por favor le comprase en la plaza un par de pollos, pescado, &c. &c., lanzando suspiros, que el negro no sabia traducir, cada vez que aflojaba las pesetas de que tan escaso se encontraba.

Apenas despidió al moreno, Homobono fue corriendo á tomar resuello al fin del patio, cuando aparecieron hasta siete individuos en la forma siguiente: doña Teodora de sesenta y dos años, Doloritas de veinte y dos (casadas), Juanita de quince, Mariquilla de doce, Periquillo de diez, Juanillo de seis, y Marcelita de nueve meses. Item la criandera.

—Dios de misericordia! dijo él contando. Qué invasion es esta? Qué será de mí?

Quejas eran estas que se apagaban en el inmenso guirigay que habia en la sala con tantas personas reunidas, y la mayoría de mugeres.

—Yo ni las saludo, decia el fatigado jóven; ni las miro.

Pero hé aquí que vió aparecer en el dintel de la puerta una negrita con una bandeja cubierta con una servilleta y algunos mar-pacíficos á su alrededor y ramitos de albahaca. Inesilla la recibió, y corrió en busca del esposo.

—Homobono, Homobono, dame una peseta.

—Para qué, hija?

—Para esa negrita que te ha traído un regalo de parte de doña Ursula.

—Un regalo! dijo él entregando la isabelina.

—Sí, hombre; un platito de merengue y una décima.

—Un platito de merengue y una décima! Y le das una peseta? Bueno, muy bueno! qué día! qué día!

—Hombre, por Dios, si se te está conociendo en la cara el disgusto.

—Y cómo quieres que esté, palomita de mis ojos, cuando veo que no tengo mas que este dinero para todo el mes, y que no me alcanza ni para hoy.

—Pero, hombre!

—Pero, muger!

—Pídele prestado á don Toribio.

—De buenos apuros me ha sacado; pero si le debo un dineral!

—Le deberás mas, todo el mundo debe; no ves que es un compromiso?

—Pues dame papel para escribirle á don Toribio.

—La paz de Dios sea en esta casa! dijo una parida vieja penetrando.

—Y la tenga con usted, ma Chucha.

—Aquí me manda la niña con estas torrejitas para el amo, y que dispense la poquedad.

—Homobono, dame una peseta.

—Vaya, replicó el resignado consorte; y siguió escribiendo su carta á don Toribio.

—Hombre, hombre, venga usted á leer esta décima, decia don Salustio desde la sala.

—Voy.

—Venga usted pronto.

Y apenas dejó la silla para pasar á la sala, la niña Mariquita se puso á leer el contenido de la car-

ta; Homobono, pálido y desfigurado, leyó la atroz décima siguiente:

Aunque olvidado me dejas,
y así me pagas tan mal,
yo te obsequio en tu natal
con un plato de torrejitas;
así encontrarás mis quejas
dulces y confitaditas,
y yo con las dos niñitas
iremos allá á comer,
para probarte el placer
que sienten tus amiguitas.

—Poder de Dios! dijo en un aparte el malaventurado Homobono; además de la peseta ¡tres mas! Hasta cuando...!

Y aun no habia dicho la última sílaba cuando entraron en su casa tres amigos suyos, cada uno con su hermanita! A tan rápida multiplicación quedó el escritor estático, y lanzando una mirada á la carta de don Toribio, única esperanza de su atribulado corazón, y otra á su adorada mitad, que con una seña con los ojos llamó fuera de la reunion, saludó cortesmente á los recién venidos.

—Ines, ¿y quién cocina en esta casa? mira que hasta el fogón está apagado, y son las nueve de la mañana.

—Llamarémos á la mulata Quiteria, pues Cleta no puede hacerlo, que apenas sabe... y yo, ya ves, cómo voy á estar aquí con tantas visitas....

—No lo digo por eso, hijita.... Manda á llamar á Quiteria.

—Y la loza, que no alcanza, y los cubiertos?

—Se le pedirán prestados á doña Luisa Lorito, que ella tiene de sobra.

—Jesus! á esa muger tan habladora que lo sabrá todo el mundo mas que si saliera en todos los periódicos.

—Y qué importa? ¡Ha de haber en todas las casas preparativos para tantos convidados! Y tantos, hijita, tantos...!

—Pero no estás incómodo, chico.

—Ay! hija, si tengo un dolor de cabeza insoponible... y luego que si no almorzamos temprano se van á unir los que vienen al medio día. Oh! no, no, por Dios...! Ven acá, José de Jesus, le dijo á un pardito; dile á Quiteria que se llegue acá, y llévale esta carta al momento á don Toribio, y dile que espero la respuesta ahorita.

—No te apures tanto, hombre.

—Que no me apure, Ines! Ah! en cuanto salga de esta hago que borren mi santo del almanaque, y que no lo vuelvan á poner hasta que no tenga dinero.

—Don Homobono! don Homobono! decia la niña Mariquita, mire usted que Periquillo, como que tiene tanta hambre, se ha comido cuatro torrejitas.

—Adios torrejitas! dijo el escritor corriendo á salvar el plato, que era uno de los que tenia en cuenta para la comida, y al llegar á la mesa del comedor no solo se encontró que Periquillo se habia comido cuatro torrejitas, sino que habia metido el dedo en un plato de merengues en donde se habia estereotipado, y para mayor desgracia era el índice de la mano derecha de Periquillo.

—Muchacho! dijo Homobono, y sin poderse contener dió un fuerte pellizco en el brazo derecho de Periquillo.

—Ay! ay! ay! exclamó llorando el mal aprovechado niño; ahora le voy á decir á mamita que me has lastimado.

—Ven acá, hijito de mi alma, fué sin querer, decia Homobono temiendo que lo oyesen en la sala.

—No, no, á mamita se lo digo, que porque tenia hambre me han dado de pellizcos.

—Ven, ven: vamos, cómete ese plato de merengue. ¡Angelito! si yo te quiero mucho. . . . muchísimo (dándole un beso); me lo comiera. . . . dijo echando espuma por la boca.

En esto llegó Quiteria, y despues de mil súplicas y ruegos, se hizo cargo de la cocina por dos pesos, pues demostró que era mucho trabajo cocinar para tanta gente.

—Bien, dijo Ines, se le darán los dos pesos ¿no es verdad, hijo?

—Que se le den. . . . se le darán. . . . á tu gusto, todo á tu gusto. ¡Y habrá quien diga que estoy celebrando mis natales!

—Niño Homobono! gritó José de Jesus.

—Qué hay?

—Aquí está la respuesta.

Ines se acercó á su esposo para saber qué decia don Toribio, y entre ambos leyeron los renglones siguientes:

“Amigo mio: no tengo un medio en casa; pero una vecina de enfrente pudiera servir á usted, solo que pide una barbaridad, pues quiere onza y media por la onza, en el improrogable plazo de un par de meses.”

—Jesus! qué barbaridad! dijo el marido.

—Lo es, añadió ella; pero qué vamos á hacer. . . . dejaremos esa gente en ayunas?

—Al prójimo como á ti mismo, dijo la víctima.

—Pero se han de quedar en ayunas?

—En ayunas debian quedarse, porque esto es atacar á la propiedad, á la tranquilidad, á la salud de un hombre tranquilo; no basta que uno deba por necesidades verdaderas, sino que hay que adeudarse para rellenar el estómago á tanto tragabalas.

—Homobono!

—Ines, Ines, mi santo va á ser mi muerte.

—Haz el documento á don Toribio, que se pierda tiempo.

—Vamos á este nuevo sacrificio. ¡Dios mio, ten piedad de mí! y tomó de nuevo la pluma para hacer el consabido pagaré.

—Y si vieras, dijo ella mientras su esposo escribia, las indirectas que ha soltado doña Teodora.

—Esas tambien!

—Vaya. . . . dice que ella no toma otros refrescos sino helados, y que estos se han hecho tan comunes que hasta en la casa del mas pobre se toman hoy todos los dias.

—La muy perra. . . . y comerá hasta tasajo brujo, dijo el mártir rabiando de cólera.

—Con que habrá helados?

—Ines de mi vida, ¿tú tambien conspiras contra mí? ¿tú tambien coadyuvas á infelicitar me para siempre?

—Pero tengo yo la culpa de que tú seas escritor, y tengas tantas amistades?

—Maldita sea la hora en que. . . .

—En fin, ya es preciso salir de este mal paso.

—De este pantano, de esta tembladera. . . . haz lo que mejor te parezca, estoy á tu disposición, y si te se antoja enviudar hoy. . . . ahórcame si te da la gana.

—Vamos, mas vale no hacerte caso; voy á escribirle á la Lorito, pidiéndole la loza y los cubiertos.

—Mañana se sabe lo que ha sucedido hoy en mi casa hasta en Californias, y apoyando la cabeza entre sus manos se quedó aquel hombre entregado á su amargura, mientras que Ines escribía á doña Luisa, y Periquillo limpiaba con los dedos el plato que fue de merengue.

En una canasta, cuidadosamente tapada para que nadie la viera, llegaron la loza y los cubiertos con

una cartica que decia: “Inesilla de mi vida, por Dios, cuideme mucho mi vajilla marañuela, que fué la que sirvió en el bautismo de mi abuela la casada con el mariscal; de los cubiertos no le digo nada, porque ya sabe usted que son de plata.”

Despues de mil afanes, y ya cerca de las once del dia, se logró que se sentasen á la mesa, comiendo con un apetito devorador, pues la abstinencia habia sido larga, y algo mas tranquilo Homobono, pues ya habia recibido la histórica pálida de don Toribio.

Mientras ellos almorzaban, iba llegando mas gente y algunos regalitos muy parecidos á los anteriores, que costaban cada uno una bula de plata acuñada, común precio que jamas hubieran alcanzado los presentes en dia de buena venta; por fin, el primer paso de las Terinópilas estaba dado, y ya saben ustedes aquello de “barriga llena, corazon contento,” por lo que mientras ellos cantaban (hoy todo se llama cantar), reian y gozaban, Homobono, en lo mas retirado de la casa, preparaba una sorbetera de helado de guanábana, para que doña Teodora no tuviera motivos para murmurar, cercado de quince muchachos que se habian reunido para celebrar sus natales, los que mientras él echaba los bofes batiendo el helado, engullian sendos pedazos de hielo.

—Y no les hará daño! decia Homobono limpiándose el sudor; acabaditos de almorzar. . . . Si Dios quisiera. . . .

—Ay! ay! que me has cogido un dedo.

—Ya lo ves, hijito, por meter la mano; vayan para la sala. . . .

—No, no, si aquí estamos bien, y mamita no quiere que estemos á su lado, decia Periquillo.

—¿Qué ha de querer la muy. . . . si tiene un prójimo á quien celebrar en sus dias. . . . En fin, no mas. . . . basta. . . . no están muy cuajados; pero sí los quieren mejor que vayan á la Diana ó á la Dominica.

A la una del dia se sirvieron los consabidos helados, pero como en copas de champaña, descubrimiento extraordinario que tenia que ver, pues les era preciso sujetarlas por el pie para que guardaran equilibrio y no cayeran, y en las que llegaba momento que no podian extraerlo del angosto fondo con las cucharitas; pero sin embargo ya con ella, ya á boca de copa, blandos ó duros, desaparecieron como el pan con mantequilla. En estos momentos hubo brindis en que se le deseaba muchos dias como aquel, á los que Homobono, ya fatigado su espiritu y su cuerpo, contestaba con una ligera genuflexion, pues aquella falange de hijos de Adán y de Eva, de todas edades y de tan distinta educacion, le habian destornillado completamente la cabeza.

A las dos y media, para no cansar, queridísimas amigas, tenia el infeliz Homobono cuarenta y ocho personas en su casa, que apenas cabian en ella; cuadro de ánimas que le hizo salir canas en aquel instante, sin que oyese las estupendas y nunca vistas improvisaciones que allí hacian, muchas de ellas llevadas á la memoria; y mientras que á mi pobre amigo le hablaban del carro de Febo, de Vénus y Citérea, él formaba en su mente la regla de tres siguiente, si diez y nueve personas se comieron en el almuerzo nueve reales de pan y doce botellas de vino, cuarenta y ocho en la comida ¿cuántos panes se comerán y cuántas botellas de vino necesitaré? Y, despues de un breve momento de meditacion, echó mano al bolsillo y salió de la sala, sin duda á dar las órdenes convenientes para el segundo ataque gastronómico.

En estos momentos apareció doña Luisa Lorito,

sin duda por no considerar segura su vajilla sin estar á la vista, y tomó una parte tan activa en la conversacion que, á los pocos momentos, era ella dueña del campo, y no se oía mas que su voz.

Quiteria vino á darle aviso al celebrado que la mesa no era suficiente para la concurrencia, y él, que era el factótum, la locomotora de aquel día, corrió á remediar aquella nueva fatalidad; buscó en vano, porque no había mas mesa en la casa que una de pino, pero á la cual le faltaban ocho dedos para llegar á la de comer. Qué hacer en tan fatídicos momentos? Homobono resolvió poner la mesa sobre cuatro cáscaras de coco ó cuñas, asegurándola cuanto pudo, y en efecto, despues de cubiertas, nadie conocia las macas, cosa que tambien sucede en muchas casas donde no son pobres.

Al fin tomó posesion aquel egército de la larga mesa, y empezó el asalto en debida forma, anunciándose con los bocados y brindis la ya alegre concurrencia, y luciendo la vajilla marañuela de la señora Lorito; los muchachos habian sido colocados al extremo de una mesa, y yo, que solo era mero observador, confieso francamente que era necesario

tener mucho apetito para comer con aquella bulla tan insoportable. Periquillo, el célebre Periquillo, era el que se hacia mas notable en el departamento de *pirijiguas*, y casi se acostaba en la mesa para alcanzar de los platos que no le daban; pronto, en una de aquellas evoluciones, rueda un cocc... rueda el otro... la mesa primera y segunda pierden el equilibrio, y estando el peso hacia un lado, rodaron con infernal estrépito platos, fuentes y botellas. A esta catástrofe Homobono se puso las manos en la cabeza, y doña Luisa Lorito exclamó con las lágrimas en los ojos:

—Ay! mi vajilla marañuela!

Y el egército en dispersion marchó á la sala, donde tomó el café mientras que mi pobre amigo ofrecia á doña Luisa, que hablaba como un loro, que le seria pagada con usura si no se quejaba mas de lo sucedido.

Cuando llegó la noche, Homobono estaba con fiebre y tomó cama: los concurrentes se retiraron, casi todos criticando, y á él le quedó un recuerdo eterno del día de su natal.

Rafael Otero.

CANTO DE AMOR.

Angel de mi querer, cuando en tus ojos
Fijo mis ojos con ardiente anhelo,
Tal me parece que contemplo el cielo,
Su belleza, su gloria y su esplendor.
Y cuando el eco de tu voz dulcísima
Murmura en mis oidos blandamente,
Juzgo oir la cancion tierna, inocente,
Que alzan las aves al nacer el sol.

Tú eres bella, eres pura, eres preciosa
Como el lirio que brota en las florestas,
Y si vistes el traje de las fiestas
Búsquese en tí la casta sencillez;
Porque tú, mi pastora de alma noble,
No eres la ronca fuente en su bravura,
Sino el manso arroyuelo que murmura
De cerro altivo al escondido pie.

Tu deseo es tan solo mi deseo,
Y en él mi gloria y mi esperanza fundo,
Dime que quieres por esclavo el mundo,
Y esclavo el mundo rendiré ante tí:

Aunque nunca al poder de tu belleza
La torpe sumision le ha complacido,
Sino el afecto santo y bendecido,
Que noble voluntad brota por sí.

Calma de mis tremendos huracaues,
Faro de mis tinieblas pesarosas,
Ramillete de nardos y de rosas,
Lirio silvestre de color azul:
Oh! yo te adoro con delirio extremo,
Y no puedo vivir sin tu terneza:
Estiéndeme tus brazos con presteza,
Quiero abrasarme en tu fulgente luz.

Porque tienen tus gracias, alma bella,
Para mi corazon tantos hechizos.
Cual hebras blondas tus ebáneos rizos,
Cual gotas de agua el ondulado mar:
Y esa tu frente que semeja un cielo
Al despertar la espléndida mañana,
Tanta pureza, virginal cubana,
Como almíbar tus labios de coral.

José Socorro de Leon.



RAMILLETE.

Como podeis ver en la presente entrega, mis queridísimas amigas, se concluye el tomo cuarto del periódico literario que tantos favores os debe, de vuestro mimado y consentido ALMENDARES, y, por tanto, os doy un voto de gracias por vuestra constancia en protegerle, y os ofrezco sinceramente que en adelante ha de hacer dobles esfuerzos esta publicacion por merecer todo el favor con que la honrais, hace tan largo tiempo.

A la conclusion de esta entrega hallareis el índice de todo lo contenido en este tomo, y al pie la lista de las láminas litografiadas que os ha ofrecido, y que le embellecen de un modo tan particular. Tambien con esta entrega recibireis una lindísima lámina litografiada, la cual representa á la graciosa señorita doña Venturita Mur, vestida con el airoso traje con que sale á cantar *La Contrabandista*, que tanto complació al público, y que tan elogiado fué.

De novedades de la Habana, queridísimas lectoras, tan solo puedo deciros lo que acaso ya sabeis todas, y es que para la noche del día 10 del próximo mes de octubre se dará en el palacio de la Capitanía General de la Habana un grande y brillante baile, en solemnidad del cumpleaños de S. M. la Reina Nuestra Señora Doña Isabel II, al cual asistirá, segun costumbre, lo mas granado, lo mas distinguido, lo mas selecto de la poblacion. Ya para él se preparan las modistas, los sastres, los peluqueros, los mercaderes, todos, en fin, los que con tales fiestas en el alto mundo viven y prosperan, que son una verdadera multitud.

De teatros, lo que hay es que en TACON habrá este invierno una buena compañía de zarzuelas, segun todos afirman, y que en VILLANUEVA tambien la habrá buena, y, lo que es mas, con muchachas bonitas, así en el cuerpo de baile, como en las cantantes, como en las coristas. Esto y la novedad hará que el teatro de Villanueva esté muy floreciente, como debe desearse, para demostrar que la Habana tiene gente para todo.

Como los dias corren que vuelan y el tiempo avanza de veras, se verifican multitud de casamientos ya, en todas las parroquias, y ningun año ha habido tantos como en el presente, pues que no solo se casan las bonitas, sino hasta las feas, con lo que no hay mas que decir. Las bodas tienen alegre á todo el mundo, y la Habana se pone verdaderamente desconocida cuando comienza la época de los casamientos.

En los grandes establecimientos de modas empiezan ya á recibir sus inmensas facturas de efectos

de Europa, pero donde hay ya cosas admirables, para señoras y caballeros, especialmente en elegantísimos vestidos de baile, de cuantas clases, precios y caprichos se puedan pedir, es en la elegante y rica ISLA DE CUBA, de la calle de O-Reilly, mandados de Paris por el afamado DON RAMON VIÑAS, y que son todos cosa verdaderamente esquisita, como escogidos por aquel mercader tan *vivijagua*, aquel mercader que ha venido á ser una necesidad para la Habana. He visto vestidos de señora y señoritas trabajados en Lyon de un modo y con una delicadeza sorprendente; los he visto de gró, de MOIRÉE, raso, *glasé*, *chiné*, punto y crespó; he visto manteletas, mantas, chales, pañuelos, abanicos, guarniciones de encaje, mil primores, en fin, que están revelando á VIÑAS y su buen gusto, y que comienzan ya á llevar á la ISLA DE CUBA á cuanto la Habana tiene de elegante, de opulento y de delicado. En la ropa de caballero que ha mandado Viñas, no he visto, hasta ahora, mas que los fracs, pantalones y chalecos de baile, todo hecho por el primer sastre del emperador Napoleon III, el primer sastre de Paris, revelando bien en su corte que merece aquel célebre sastre la fama de que disfruta.—Viñas es un mercader verdaderamente notable, y mucho mas para acertar en la eleccion de los géneros, en el gusto esquisito, y en comprender la delicadeza de las habaneras.

Ya no se habla nada de ópera italiana, y se habla mucho de Matilde Diez y su cumplida venida; veremos al fin en qué acaba todo esto, si viene la señora Sontag ó todo se queda en jarana. Las gentes de letras están animadísimas, concluyendo sus trabajos para presentarlos en el teatro en el próximo invierno, unos en TACON, otros en VILLANUEVA, otros tal vez para guardarlos inéditos, por temor á un chasco. En Tacon parece que está destinada á llamar mucho la atencion una interesantísima zarzuela original de una muy distinguida escritora de esta ciudad, una de nuestras verdaderas ilustraciones literarias, ignorando aun nosotros de quien sea la música, mas si la música es como el libreto debe ser, tan buena, tan interesante, sin duda, que el éxito que aquella zarzuela obtendrá será verdaderamente loco.

Aquí concluyo, queridísimas lectoras, despidiéndome de vosotras hasta la próxima entrega, que será la primera del tomo quinto, y que, sin duda, aparecerá lo mas pronto posible, para vuestro contentamiento, recreo é instruccion.

Adios, adios, adios hasta entónces.

SOLUCION DEL GEROGLIFICO DE LA ENTREGA 13ª

Señores Redactores del Almendares.

Sírvanse ustedes insertar la siguiente solucion del geroglífico publicado en la entrega duodécima.

El hombre encuentra solo penas en el mundo.

S. S. Q. B. S. M.

UNA SUSCRITORA.

GEROGLIFICO.



A NUESTROS SUSCRITORES.

Si no fuera una verdad de todos sabida y por todos con harta frecuencia repetida, nos abstendríamos de ser nosotros los que asegurásemos que entre las publicaciones literarias que se han dado á luz en nuestra Isla pocas han alcanzado la popularidad y duracion que *El Almendares*, y acaso no se encuentren dos, entre las que la han precedido, que con tal constancia haya circulado entre un número tan crecido de suscritores, como el que favorece en el día al *primer periódico pintoresco* publicado en nuestra capital.

Tres son los tomos que componen á la fecha las diferentes entregas del *Almendares* que llevamos publicadas, si bien solo al último corresponde el dictado de *pintoresco*, porque en él fué donde introducimos los *grabados en madera* que, á parte de las bellas litografías que con él hemos distribuido, hicimos grabar para ilustrar el testo.

El público que desde que anunciamos las reformas que pensábamos hacer en nuestra publicación, comprendió que estas no podrian llevarse á cabo sino á costa de grandes sacrificios por nuestra parte, se propuso ayudarnos en nuestra empresa, y la constante proteccion que en todas épocas nos ha dispensado es tal que ha podido hacernos llegar felizmente al término del enunciado tercer tomo, que esta entrega completa, por terminar tambien en ella las interesantísimas *Memorias de la Sra. Condesa de Merlin*, que tan vivamente habian logrado escitar la curiosidad de nuestros suscritores.

Por el índice general de las materias que hoy publicamos, y relacion de los retratos y preciosas láminas litografiadas que con cada

una entrega repartimos, podrá comprender el público la ventaja que la suscripcion á nuestro periódico le proporcionaba, pues no costándole las catorce entregas publicadas mas que *tres pesos cuatro reales*, que ha ido satisfaciendo á razon de dos reales cada quince días, se encuentra hoy que por ellos ha recibido una obra interesante (las *Memorias de la Condesa de Merlin*), cincuenta y siete pliegos de impresion ó doscientas veinte y ocho páginas de amena lectura, dos magníficos retratos (el de la distinguida escritora *Felicia*, y el del jóven Otero) y además vários figurines y escenas de zarzuelas lindamente litografiadas.

El bello sexo en particular ha manifestado una constante predileccion por nuestro querido *Almendares*, y nosotros faltariámos á uno de nuestros mas gratos deberes si, al cerrar el tomo tercero de nuestro periódico, no las diésemos las mas espresivas gracias por la decidida proteccion que le dispensa, asegurándolas que al principiár el cuarto tomo (en el que pensamos introducir aun nuevas mejoras) pondremos todo empeño en que nuestra publicación se haga cada vez mas digna de sus hermosas favorecedoras, y que en ella resplandezca la gratitud sin límites de nuestro pecho, que tanto como aborrece á los infames detractores, que por medio de viles calumnias pretenden oscurecer el brillo de las mas esclarecidas reputaciones, sabe amar á las almas nobles y virtuosas que, cerrando los oidos á la maledicencia, honran, protejen y favorecen á los que saben trabajar y ser virtuosos.

I. DE ESTRADA Y ZENEA.



INDICE GENERAL

DE LAS MATERIAS COMPRENDIDAS EN ESTE TERCER TOMO DE EL ALMENDARES.

	Pág.		Pág.
Al bello sexo, por I. de Estrada y Zenea...	1	Limosna, por M. P. Delgado.....	68
Al Almendares (poesía), por J. Fornaris....	4	La Isla desierta.....	69
El Tutilimundi, por R. Otero.....	5	El Juego.....	71
Quieres mas? (poesía), por I. de E. y Zenea.	8	Impresiones de la soledad (poesía), por J.	
No es amistad, es amor! por J. Olmedo.....	8	Narciso de la Vega.....	72
ANTES DEL BAILE, EN EL BAILE, DESPUES DEL		Bandos galleros.....	73
BAILE.—Antes del baile, por P. Riesgo....	9	Grandes bailes de máscaras.....	74
¡Ese soy yo! (poesía), por R. Otero.....	12	Amigos falsos y amigos verdaderos, por I. de	
RAFAEL OTERO: rasgo biográfico, por I. de Es-		Estrada y Zenea.....	76
trada y Zenea.....	13	El Tutilimundi, por R. Otero.....	77
La caída de la tarde (poesía), por J. Narciso		Al pie de la Cruz (poesía), por F. J. Faura.	78
de la Vega.....	15	Ramillete.....	79
Morir de amor, por J. A. Cantalapiedra....	16	Solucion al geroglífico anterior.....	80
Máximas y pensamientos, por N. F.....	16	Geroglífico.....	80
Geroglífico.....	16	Sufrimiento, por I. de Estrada y Zenea.....	81
A nuestros suscritores, por I. de E. y Zenea.	17	El sí de la muger (soneto), por A. Diaz.....	82
La imitacion (poesía), por A. F. de Velasco.	19	A ella ausente (soneto), por J. F. Centeno..	82
Fantasia, por M. F. Trevejo.....	20	Anécdotas y estudios sobre la China.....	83
El Tutilimundi, por R. Otero.....	21	La mirada de Dios (poesía), por P. Riesgo...	84
La muger, por M. P. Delgado.....	23	Pintura de la Guerra.....	85
La Aurora (poesía), por R. Zambrana.....	24	Moral Religiosa, por M. F. Trevejo.....	86
Ofrenda de amor, por J. Socorro de Leon...	24	Epigramas, por El Cucalambé.....	87
En el baile, por P. Riesgo.....	25	¿Qué es la vida? por Luciano.....	88
Rosas del pensil cubano.—Dos palabras al be-		La huérfana, por M. P. Delgado.....	90
llo sexo, por F. Puig de la Puente.....	28	Improvisaciones, por Celia y Luisa.....	91
Ramillete, por I. de Estrada y Zenea.....	30	El gran mundo, por R. Otero.....	92
Un paseo, por M. F. de Arcila.....	32	A una paloma (poesía), por M. F. Trevejo..	93
Soneto, por Luisa Molina.....	32	Gabinete de figuras de cera.....	94
Amor ideal, (soneto), por A. Diaz.....	32	Ramillete.....	95
Solucion al geroglífico anterior.....	32	A Julia (soneto), por Solinio.....	96
Geroglífico.....	32	Solucion al geroglífico anterior.....	96
Perfeccion moral, por I. de Estrada y Zenea.	33	La Conciencia, por M. P. Delgado.....	97
Inquietud (poesía), por E. García Lebrede..	36	El Poeta (soneto), por I. de Estrada y Zenea.	98
La Maledicencia (poesía) por F. Pié y Faura.	36	¡Infeliz! (soneto), por F. J. Faura.....	98
Una flor (poesía), por J. F. Centeno.....	36	Del amor á nuestros padres, por M. F. Tre-	
Seccion para los niños, por I. de E. y Zenea.	37	vejo.....	99
La madre de familia, por M. P. Delgado..	39	La realidad en sueños, por F. Gelabert....	100
El Tutilimundi, por R. Otero.....	42	Cosas del gran mundo, por R. Otero.....	101
Despues del baile, por P. Riesgo.....	43	La Muger, por F. Pié y Faura.....	103
Rosas del pensil cubano.—Mis deseos, por F.		A Felicia (soneto), por Cidronela.....	104
Puig de la Puente.....	45	Yo, en mi natal, por A. Mariscal.....	104
Ramillete.....	46	FELICIA, por P. Riesgo.....	105
Amistad y Amor (poesía), por A. J. Nápoles.	48	CUENTOS DE C. PERRAULT.—I. La caperucita	
Un sueño, (soneto) por Vicenta Marcet....	48	encarnada.....	106
La calumnia (poesía), por I. de E. y Zenea.	48	II. Maese Gato, ó el gato con botas.....	106
Solucion al geroglífico anterior.....	48	III. Las Hadas.....	108
Geroglífico.....	48	Los jardines entre nosotros, y los jardines	
Perfeccion moral.—Fragmento inédito de		entre los antiguos, por P. C. y P. O.....	109
Franklin.....	49	Logogrifo piadoso.....	110
Soneto, por J. Socorro de Leon.....	51	Ramillete.....	111
Consuelo de amistad (soneto), por A. J. Ná-		Geroglíficos.....	112
poles F.....	52	El destino de la poesía en el siglo XIX, por	
Curiosas noticias bibliográficas.....	52	D. del Monte.....	113
El espósito, por M. P. Delgado.....	53	Un suspiro (poesía), por A. F. de Velasco...	116
Al Criador (poesía), por Luisa Molina.....	55	Amor y Religion, por F. Gelabert.....	117
El Tutilimundi habanero, por R. Otero....	56	A la cruz del Indio (soneto), por A. Diaz....	118
Paris.—Casamiento del Emperador, por P.		Un recuerdo (soneto), por J. F. Centeno....	118
Riesgo.....	58	CUENTOS DE C. PERRAULT.—IV. Cenicienta	
Sinfonia poética, por Látigo.....	60	ó la zapatilla de cristal.....	119
Influencia del piano, por F. Gelabert.....	60	Próximas carreras de caballos.—Historia a-	
Momentos de meditacion en la vida del hom-		necdótica del caballo.....	121
bre.....	61	Sentencias, máximas y pensamientos.....	123
Longchamps, ó esposicion de la moda en la		Tropical.—A Celia, por R. Otero.....	124
Habana.....	62	Rasgo biográfico de la ilustre poetisa cama-	
Ramillete.....	64	gueyana, señora doña Gertrudis G. de Ave-	
Solucion al geroglífico anterior.....	64	llaneda, escrita por ella misma.....	125
Geroglífico.....	64	Su retrato (soneto), por F. J. Faura.....	127
La Semana Santa en la Habana.....	65	Soneto, por Z.....	127

	Pág.		Pág.
Ramillete.....	128	La Esperanza, por Solinio.....	187
Solucion de los geroglíficos anteriores.....	128	Amor por el magnetismo, por R. Otero.....	188
Geroglífico.....	128	Apología de las mugeres chiquitas, por B. S.....	190
El estudio de la Religion Cristiana, por M. F. Trevejo.....	129	Las mugeres.....	191
Su boca (soneto), por F. Cowley.....	130	El ave de paso (poesía), por I. de Estrada y Zenea.....	191
Una lágrima (soneto), por F. de A. Die.....	130	Ramillete.....	192
Bosquejo histórico de la ciudad de Santiago de Cuba, por M. P. R.....	131	Solucion del geroglífico anterior.....	192
Amor, por F. Pie y Faura.....	133	Geroglífico.....	192
A Luisa (poesía), por Celia.....	134	EL IMPERIO CHINO.—Su egército y marina..	193
Estudio de los alemanes sobre la España, y especialmente sobre la Flora española.....	135	Consejos á una niña (poesía), por A. Diaz..	196
La Cubana (poesía), por F. F. de A.....	136	Moral, por J. V. de Simancas.....	197
CUENTOS DE C. PERRAULT.—V. Riquet el del moño.....	137	Dicha es amar (poesía), por I. de Estrada y Zenea.....	198
El Pedante, por J. M. V.....	139	CUENTOS DE C. PERRAULT.—IX. Piel de Asno.	199
Gloria del Bardo (poesía), por I. de Estrada y Zenea.....	140	Delirio (poesía), por M. F. Trevejo.....	202
La muger, por J. A. Cortes.....	141	Historia de un amor, por F. de P. Gelabert.	203
Rubias y morenas.....	142	A Nise (soneto), por M. F. Trevejo.....	204
Delirio (poesía), por F. Pie y Faura.....	142	Influencia de la música como tratamiento moral de la locura.....	205
Un artículo que habla con los muertos, por Pascasio.....	143	En el bohío, por F. Pié y Faura.....	206
Ramillete.....	144	Ramillete.....	208
Solucion del geroglífico anterior.....	144	Solucion del geroglífico anterior.....	208
Geroglífico.....	144	Geroglífico.....	208
El día de difuntos.—Una visita al cementerio, por M. P. Delgado.....	145	Sobre el amor, por I. de Estrada y Zenea..	209
A María, por A. Mariscal.....	147	La hipocresía, por A. Mariscal.....	211
Imitacion de una gacela persa, por I. de Estrada y Zenea.....	148	La Cubana (poesía), por M. F. Trevejo.....	212
Recuerdos, por J. M. Morado.....	149	CUENTOS DE C. PERRAULT.—X. La Princesa Prudente ó aventuras de Astuta.....	213
CUENTOS DE C. PERRAULT.—VI. Barba azul.	151	La Soledad, por M. Costales.....	219
A Natalia (poesía), por F. F. de Arias.....	152	A una vírgen dormida (poesía), por I. de Estrada y Zenea.....	220
Educacion.—El Matrimonio, por M. Costales.	153	Los días de un escritor, por R. Otero.....	221
A la Esperanza (poesía), por M. F. Trevejo.	154	Canto de amor (poesía), por J. Socorro de Leon.....	224
Muerte del Sr. marques de Valdegamas....	155	Ramillete.....	225
Tropical (poesía), por F. Pié y Faura.....	157	Solucion al geroglífico anterior.....	225
Un gran banquete en China.....	158	Geroglífico.....	225
A Napoleon (soneto), por A. Diaz.....	158	A nuestros suscritores.....	226
La flor de Almendares (poesía), por J. E. de la Cueva.....	159		
Ramillete.....	160	Con la primera entrega se ha repartido el retrato de D. Rafael Otero, y con la segunda la vista interior de la Redaccion de El Almendares.	
Solucion al geroglífico anterior.....	160	Con la 3ª <i>La lira de Otero</i> , danza habanera por D. Vicente Ferrer y Espinosa.	
Geroglífico.....	160	Con la 4ª El retrato del Emperador y la Emperatriz de los Franceses, con los trages que vistieron en la solemne ceremonia del casamiento.	
Educacion.—Matrimonio (conclusion), por M. Costales.....	161	Con la 5ª La vista del Salon del baile de la Sociedad de Beneficencia Catalana.	
La Adúltera (poesía), por F. M. R.....	164	Con la 6ª Un figurin de trages de temporada, y una portada litografiada para ponerse al principio del tomo.	
Fantasia, por I. de Estrada y Zenea.....	165	Con la 7ª El retrato de la distinguida escritora FELICIA.	
Novedad en los ferro-carriles de Europa....	166	Con la 8ª Una lámina representando la escena final del segundo acto de la zarzuela JUGAR CON FUEGO.	
CUENTOS DE C. PERRAULT.—VII. La bella durmiendo en el bosque.....	167	Con la 9ª Un figurin de trages de temporada.	
Dolora, (poesía), por F. Pié y Faura.....	169	Con la 10ª El retrato de la Escma. Sra. Condesa de Teba, en traje jerezano de montar.	
Por coger cocuyos, por R. Otero.....	170	Con la 11ª Una lámina representando los experimentos magnéticos sobre las mesas, sombreros, &c. &c.	
Devaneo (poesía), por M. F. Trevejo.....	172	Con la 12ª Una lámina que representa la escena final de la zarzuela EL VALLE DE ANDORRA.	
Documento curioso.—Testamento de Batolomé Murillo.....	173	Con la 13ª Lámina que representa la escena final de la zarzuela EL ESTRENO DE UNA ARTISTA.	
Las tres azucenas (poesía), por J. G. Roldan.	175	Con la 14ª El retrato de la señorita Mur, con el traje en que canta la cancion de LA CONTRABANDISTA.	
Ramillete.....	176		
Solucion del geroglífico anterior.....	176		
Geroglífico.....	176		
Bibliografía.....	177		
Una carta de Moreto.....	180		
La solterona, por J. M. de V.....	181		
A una amiga (soneto), por A. Diaz.....	182		
Junto á la luz (soneto), por J. R. y G.....	182		
CUENTOS DE C. PERRAULT.—VIII. Pulgarci- llo.....	183		
La Plegaria (cancion), por F. Pié y Faura..	185		
El Poder del oro (soneto), por A. Diaz....	185		
CARIDAD.—Del modo que la comprenden mu- chos, por I. de Estrada y Zenea.....	186		